

*El último*  
y otros relatos

XII Certamen Internacional  
de Relato Breve sobre  
Vida Universitaria  
“Universidad de Córdoba”



El último  
y otros relatos

XII Certamen Internacional  
de Relato Breve sobre  
Vida Universitaria

“Universidad de Córdoba”



El último  
y otros relatos

XII Certamen Internacional  
de Relato Breve sobre  
Vida Universitaria  
“Universidad de Córdoba”

UCOPress  
  
Editorial Universidad de Córdoba

El último y otros relatos. XII Certamen Internacional  
de Relato Breve sobre Vida Universitaria  
Córdoba: UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba  
12 x 19 cm, 141 pp.  
THEMA: FX

## EL ÚLTIMO Y OTROS RELATOS

### XII CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATO BREVE SOBRE VIDA UNIVERSITARIA “UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA”

© Los autores  
© UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba, 2022  
Campus Universitario de Rabanales  
Ctra. Nacional IV, Km. 396. 14071 Córdoba  
Tel.: 957 212 165  
[www.uco.es/ucopress](http://www.uco.es/ucopress)  
[ucopress@uco.es](mailto:ucopress@uco.es)

Esta edición ha sido cofinanciada por la Biblioteca  
Universitaria de la Universidad de Córdoba

eISBN: 978-84-9927-729-5 (PDF)

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación  
de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo  
excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de  
Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar  
o escanear algún fragmento de esta obra.*

# ÍNDICE

Presentación .....	9
<b>CATEGORÍA SENIOR</b> .....	15
El último.....	17
Personajes .....	23
Una visita a la habitación del gato Schrödinger.....	29
Juego de café.....	35
Intromisión.....	41
Pósit.....	47
In memoriam.....	53
Comida de despedida .....	57
La lección de filosofía.....	63
Así fue.....	69
Hoy no habrá clase.....	75
<b>CATEGORÍA JUNIOR</b> .....	83
El amor se llama Adri .....	85
Pupitres de pavimento.....	91
El café de los ilustres .....	97
Fragmentado .....	103
¿Cómo funciona el corazón?.....	105
El alumno nuevo .....	109
Leer con luz ultravioleta .....	117
Nunca dejes de bailar .....	123
El diario de F. García o Estudio de un cuerpo deformable que, desde el equilibrio químico, se ve sometido a fuerzas externas hasta alcanzar un estado de entropía máxima.....	129
Berlín.....	137



## Presentación

Como cada año, la Universidad de Córdoba convocó en 2018, en el marco de la festividad del libro, el *XII Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria*. Se pone así de relieve el interés de nuestra institución educativa, la Universidad de Córdoba, por alentar las vocaciones y hábitos culturales de la comunidad que tutela y, en general, de la sociedad a la que presta y debe sus servicios. La apuesta por la creación literaria y por la expresión de la libertad artística a través de la palabra son señas de identidad de nuestra universidad. Este certamen, además, ha sido una excelente oportunidad para transmitir estos valores a la ciudadanía local, provincial, nacional e internacional.

La decimosegunda convocatoria de este certamen mantuvo el éxito de participación de ediciones anteriores: 284 relatos (modalidad senior: 177; modalidad junior: 107) procedentes

de España, resto de Europa (Alemania, Francia, Gran Bretaña, Países Bajos, Uzbekistán) y América (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, Estados Unidos, Guatemala, Honduras, México, Perú, Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay, Venezuela). Como en ediciones anteriores, ha sido muy amplia la representación cordobesa, andaluza y española.

El jurado de este *XII Certamen Internacional*, cuyo fallo lo hizo público el día 31 de enero de 2019, valoró la alta calidad literaria de los relatos presentados, así como la originalidad y creatividad narrativas, que hicieron del fallo una decisión compleja pero, finalmente, unánime.

Dicho jurado estuvo formado por las siguientes personas:

*Presidencia:*

Alfonso Zamorano Aguilar,  
*Vicerrector de Estudiantes y Programas de Movilidad  
de la Universidad de Córdoba.*

*Secretaria:*

Esperanza Jiménez Tirado,  
*Coordinadora del Club de Lectura  
de la Universidad de Córdoba.*

*Miembros:*

Eulalio Fernández Sánchez,  
*Profesor Titular de Filología Inglesa.*  
Soledad Gómez Navarro,  
*Catedrática de Historia Moderna.*

M<sup>a</sup> Isabel González Tapia,  
*Profesora Titular de Derecho Penal.*  
M<sup>a</sup> del Mar Granados Machuca,  
*Profesora Titular de Medicina y Cirugía Animal.*  
M<sup>a</sup> del Carmen Liñán Maza,  
*Directora de la Biblioteca Universitaria de Córdoba.*  
Pilar Montesinos Barrios,  
*Catedrática de Ingeniería Hidráulica.*  
Manuela Ramírez Ponferrada,  
*Biblioteca Maimónides, Universidad de Córdoba.*  
Antonio Sarsa Rubio,  
*Catedrático de Física Atómica, Molecular y Nuclear.*  
Alicia Vara López,  
*Profesora Aydte. Doctora de Didáctica de la Lengua y  
la Literatura.*

Agradezco, a todos/as ellos/as, su entusiasmo, dedicación y aportaciones.

El relato ganador de la modalidad Junior, “El amor se llama Adri”, se desarrolla en la realidad que cualquier universitario vive diariamente, y nos introduce en un juego, un guiño, o quizás una fantasía, que, si bien ofrece una vertiente de verosimilitud, al tiempo enmascara una línea argumental que abre varios caminos al lector. Un discurso directo y sin artificio nos conduce a las preocupaciones de la vida estudiantil, en la que se enfatizan las pulsiones y emociones que, más allá de las obligaciones académicas, surcan el interior más

íntimo de la persona y, en definitiva, trazan con sutileza el amor y, de su mano, el curso de la propia vida.

Por otra parte, el relato ganador del primer premio en la modalidad Senior, “El último”, comparte la macroestructura con el ganador de la modalidad Junior, esto es, la experiencia del amor que surge al amparo de las vivencias que propicia la Universidad. Mediante una exposición dinámica, que alterna diferentes puntos de vista, accedemos a emociones que se han vivido, pero que nunca se han expresado y que ganan intensidad conforme avanza la narración. El relato también posibilita que nos adentremos en el mundo de la investigación y atisbemos las satisfacciones que produce. Por último, resulta reseñable el recurso a las alusiones literarias, bien a la obra de clásicos como Calderón o Góngora, bien a citas textuales perfectamente incardinadas que consiguen acentuar el hilo narrativo y conducirnos al epílogo.

El conjunto que aquí se presenta, una vez más, es una muestra de la vitalidad de la narrativa contemporánea en el ámbito novel. La Universidad de Córdoba contribuye así a potenciar la creación humanística como elemento esencial de una sociedad plural, rica y civilizada, donde la literatura permite al individuo manifestar su subjetividad, crear mundos más deseables, efec-

tuar críticas diversas o, simplemente, refugiarse en el poder y la magia de la palabra, del lenguaje, que, como ya hemos reseñado en otras ocasiones, es, con orgullo, aquella capacidad cognitiva que nos hace genuinamente humanos/as.

ALFONSO ZAMORANO AGUILAR  
Vicerrector de Estudiantes y  
Programas de Movilidad  
Comisión de Biblioteca UCO



## **CATEGORÍA SENIOR**



## El último

NURIA CAVALLÉ PÉREZ

1<sup>er</sup> Premio

Tenía la mejor habitación del Hospital. “Por ser usted, Profesor. Para que pronto se ponga bueno y nos siga dando conferencias”. Desde su ventana veía la antigua muralla y la Puerta de Almodóvar. Esa que, cada día, con una puntualidad casi matemática, había atravesado desde hacía más de cuarenta años para ocupar su cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras.

Hacía ya varias semanas que solo podía recrearse en su paseo diario con la imaginación. Y, últimamente, ni siquiera eso. El día y la noche se confundían en un continuo sopor, del que solo despertaba, y no del todo, cuando una enfermera, su mujer o alguno de sus hijos se acercaba a preguntarle cómo se encontraba. “¿Estás bien, papá? ¿Necesitas algo?” Estaba bien. Los fármacos paliativos cumplían adecuadamente su función. Pero se estaban llevando consigo su pasado, y, desde que le habían aumentado las

dosis, también el presente. Su vida le resultaba extrañamente ajena desde que aquel doctor, con semblante serio, le anunciara, eufemísticamente, que tenía una pequeña mancha en el pulmón. Sentía que vivía la vida de otro. “Es como si esto no me estuviera pasando a mí”, repetía, cuando le alababan su entereza al afrontar la enfermedad.

Llamaron suavemente a la puerta y escuchó una voz que, repentinamente, le sustrajo de su duermevela. “Buenas tardes, Profesor”. Amalia. Era Amalia. “Perdone que no me levante”, le dijo, con una pequeña mueca que pretendía ser la emocionada sonrisa que sus músculos ya no tenían fuerza para producir. “No se preocupe. ¿Cómo está?”. Un torbellino de emociones les invadió a los dos. Él pensó que Amalia no se percataría de su rubor, o que, si lo hacía, lo achacaría a un proceso febril más o menos evidente; ella, que encontró al Profesor algo alborozado, justificó su turbación por el sofocante calor que hacía en la habitación.

El profesor Lapesa recordó, con la lucidez que había perdido en los últimos tiempos, el día que Amalia se presentó en el Departamento de Literatura del Siglo de Oro como nueva Profesora Adjunta. Pensó que tenía un currículum brillante para lo joven que era. No era guapa ni fea, alta ni baja, rubia ni morena. Pero su aspecto era

tan delicado, tan proporcionado, tan equilibrado, tan dulce, que el Profesor no pudo evitar sonrojarse. “A mi edad”, se reprochó.

*Amalia recordó, como si hubiera sido ayer, el día que llegó en comisión de servicios desde la Universidad de Málaga y se presentó en el Departamento. “El Profesor Lapesa”, le habían dicho. Por supuesto. Enrique Lapesa. Era una eminencia. Pocos habían estudiado el teatro áureo con la profundidad que él lo había hecho. Siempre lo imaginó más alto, más corpulento. Pero su aspecto, menos imponente en la realidad que en su imaginación, le resultó endiablada-mente irresistible. “Podría ser mi padre”, se reprochó.*

Nadie conocía la obra de Góngora como ella. Explicaba el culteranismo, las metáforas y los hipérbatos con un apasionado sentimiento solo atemperado por la mesura y el pausado tono de su voz. Sus estudiantes vibraron con la hermosura de la oscuridad, que las explicaciones de Amalia transformaban en cristalina belleza, de los versos del genio cordobés. La vocación docente le corría por las venas.

*Nadie amaba el teatro de Calderón con la pasión que lo hacía él. Se exaltaba en su discurso, embriagado por la emoción del espectáculo total, las tramoyas, los conflictos internos de los personajes y sus trágicos destinos. Consiguió,*

*cada curso, hacer sentir a sus alumnos que el teatro era una forma de vida, de amar la vida. Vivía por y para la enseñanza.*

Pensó, sonriendo, que Amalia era tan delicada en sus ademanes como firme en sus ideales. Ningún profesor creía en los alumnos como lo hacía ella. Tenía una sincera fe en la juventud, esa que otros denostaban. “Serán el motor de un mundo mejor”, decía, convencida y confiada. Defendía, con una siempre controlada vehemencia, la investigación, la educación pública, la igualdad de oportunidades, el conocimiento, el arte y la cultura.

*Sonrió pensando que, aunque nunca dejaron de llamarse de usted, siempre se sintió protegida y respaldada por él. Sus planteamientos, tan profundamente conservadores, distaban mucho de los suyos. Pero siempre la llevaban a la reflexión. Admiraba sus conocimientos, su exquisita educación, su inabarcable cultura, su envolvente discurso. Pero por encima de todo adoraba su conversación y su encantadora forma de hacerla reír.*

Recordó, con un intenso dolor, el día que se dio cuenta de que ya no quería a su mujer. Llevaban toda la vida juntos. Quizás ya se habían contado todo. Quizás se conocían tan bien que ya no les hacía falta hablar para adivinarse. Quizás ese silencio les había convertido en completos desconocidos.

*No podía evitar pensar, con enorme angustia, que ya no reconocía a su marido. Sus desencuentros eran tan amargos, sus puntos de vista tan atrocemente discordantes, las discusiones tan rutinarias, los gritos tan frecuentes, que dejó de verse reflejada en él.*

Aunque hacía años que no se preocupaba por su aspecto, un día se descubrió a sí mismo en la sección de perfumes masculinos de unos grandes almacenes, sopesando qué fragancia iría mejor con su nuevo atuendo, que siempre había sido clásico, y que ahora lucía renovadamente desenfadado. El Profesor volvió al gimnasio.

*Aunque jamás había descuidado su imagen, desde aquella mañana Amalia perfiló con más cuidado el contorno de sus labios. Y volvió a hacer deporte.*

Pero Amalia estaba casada.

El profesor Lapesa también.

Y sin embargo se amaban. Tanto, que siempre se respetaron lo suficiente como para no dar un paso más. Se preguntaban, con un pellizco en el alma, por la familia, por los hijos, por el fin de semana, por las vacaciones. Se trataban con una cordialidad distante que para ninguno de los dos era suficiente. Pero la admiración que se profesaban era tan intensa, tan sincera, tan gongorinamente platónica, tan calderonianamente ilegítima, que ninguno concebía la universidad sin el otro. Se buscaban en los cambios de clase, se consultaban

sus programas didácticos, se apoyaban en las reuniones de departamento, se ayudaban en la búsqueda de fuentes, de antecedentes, de bibliografía. Compartían estudios, investigaciones, publicaciones, ponencias, seminarios. Buscaban juntos textos, actividades y recursos para sus alumnos. Hubieran compartido todo. Añoraban vivirse.

La frescura, la juventud, el espíritu optimista y luchador de Amalia habían devuelto al Profesor las ganas de vivir. Habían resucitado en él sentimientos que ya no recordaba, que quizás nunca había conocido. La experiencia, la madurez, la moderación y la seguridad del Profesor enamoraron locamente a Amalia. Y ambos estaban seguros de que la vida juntos sería mucho más feliz. Pero jamás se lo contaron. Quizás fue de lo único que nunca se atrevieron a hablar.

\*\*\*\*\*

“Amalia... *aquel ángel fieramente humano*”, susurró el Profesor, en un hilo de voz, cuando Amalia salía de la habitación. “*Los sueños... sueños son*, Profesor”, le contestó ella, cerrando la puerta tras de sí.

Amalia se apoyó en la puerta, con el alma desgarrada. El Profesor, en sus últimos momentos de lucidez, pensó cuántas veces se hablaba del primer amor en la universidad. Y que nunca se hablaba del último.

Nadie lloró tan amargamente la muerte del Profesor como lo hizo Amalia.

## Personajes

RAÚL GÓMEZ LOZANO

Accésit

El frío de un invierno incipiente cubría de fino hielo el suelo, como una capa de barniz sobre el mundo, el sol iluminaba con tímidos rayos las paredes de la universidad y, atravesando sus grandes portales, dos curiosos personajes se adentraban en la Facultad de Economía. Uno de ellos, hidalgo enjuto, avanzaba inhiesto a lomos de un rocín tanto o más flaco que él. A su lado, paticorto y panzudo, caminaba su fiel escudero sobre un rucio resignado.

—Dígame, Sancho, que en este lugar, tan extraordinario que no sé bien si de país o mundo se trata, encontraremos aventuras que ensalzarán mi nombre y serán dignas de mi señora Dulcinea del Toboso —dijo Don Quijote.

—Pues no se lo negaré, que más sé yo de cabras que de aventuras, pero si tengo que dar mi opinión, que me lleve el diablo si no nos estamos equivocando de emplazamiento.

–¡Observa, incrédulo! Fíjate cómo esos malandrines fuerzan a ese noble. Vive Dios que, o bien son dos ladrones peligrosos que lo llevan a un lugar oscuro donde poder darle muerte, o no soy yo caballero.

El hidalgo señaló con su lanza a dos chicos que caminaban junto a un extraño hombre que vestía una antigua casaca inglesa.

–¡Alto, rufianes! –gritó Don Quijote–. Libera a este gentilhombre al que lleváis cautivo, o sentid el frío de mi acero atravesando vuestros cuellos.

Los chicos se quedaron mirando al ser estrafalario que les hablaba, sin saber reaccionar. Fue el supuesto prisionero el que tomó la palabra:

–Siento tener que corregirle, distinguido caballero. Permítame que me presente. Mi nombre es Adam Smith, y no son estas personas que me acompañan dos bribones que me llevan a la fuerza. Mas al contrario, ambos son amigos míos, con los que estoy compartiendo un enriquecedor debate sobre la riqueza de las naciones.

Tras las pertinentes explicaciones, los tres acompañantes prosiguieron su camino. Lejos de desmoralizarse por su decepcionante primer encuentro, hidalgo y escudero continuaron escrutando la facultad. No tardó mucho Don Quijote en tirar de las riendas de su rocín, frenando su paso mientras alzaba su voz tal como si gritara un demonio:

—¿Y ahora dirás, Sancho mío, que tampoco es esta aventura? Observa y niégame, si osas, que estamos ante cientos de almas en pena, obligadas por sus pecados a guardar silencio absoluto.

Sancho observó la sala a la que se refería su amo, y replicó:

—Mucho me temo, señor mío, que esto que usted ve no son espíritus, sino estudiantes o bachilleros, y permanecen en silencio porque el que anda en silencio cazar espera, y creo yo que, aunque no presas, querrán llevarse a la sabiduría a casa.

—Ignorante te muestras, pese a las decenas de desdichas que a mi lado has vivido, en lo que se refiere a la noble caballería. Dígame yo que estos son almas errantes, y que aquel que aguarda en la puerta, impidiendo nuestra entrada, debe ser, sin duda, el villano que les obliga al dolor eterno. ¡Non fuyades, malandrín!

Ante el grito del hidalgo, el susodicho caballero puso su dedo en la boca rogando silencio.

—Le suplicaría, señor, que bajara la voz. Aquí dentro tratan de aprender mis teorías.

—¿Ve, mi señor, como eran estudiantes? —replicó Sancho.

—Audaz Sancho, no vuelvas a corregirme o mi ira caerá sobre ti. Dígame pues —dijo don Quijote señalando a su interlocutor— quién es su señoría para ser estudiado. Imagino que debe ser caballero andante como yo, que no hay ciencia

más avanzada que aprender que la de la noble caballería.

—Algo nos une a ambos, pero me temo que no es la caballería, sino la locura. Y no es eso lo que estudian. Trato de hacer entender a estos chicos que la estrategia óptima, con el fin de obtener la maximización de resultados, depende de que todos los miembros implicados tomen la decisión que beneficia al grupo, obviando para ello la decisión más beneficiosa a título individual, que siempre será más ineficiente.

—No he entendido palabra —musitó Sancho.

El hombre que cubría la puerta de la biblioteca sonrió.

—No es tan difícil. Es un simple juego.

En aquel momento, el estruendo de una carcajada proveniente del otro extremo de la facultad interrumpió la conversación.

—¡Vamos, Sancho! —gritó Don Quijote, dirigiéndose al lugar del alboroto.

—Paréceme a mí esto una pendencia de taberna más que aventura, señor.

—¿Taberna en un supuesto templo de la educación? Sancho, obligado estás a reconocer la contradicción en tus palabras.

Llegó el hidalgo al lugar en que nació la risa, y encontró en él decenas de jóvenes alborozados, que compartían bebidas y apuntes. Frenó Don Quijote con su lanza a uno de ellos:

—Explícame, mancebo, qué es este jolgorio

tan ajeno al placer del conocimiento que según mi escudero profesáis.

—Bueno, es lo normal dentro de la cafetería de la universidad.

—¿Cafetería? ¿En una universidad? Debo reconocer mi estupefacción. ¿No sois, acaso, nobles estudiantes?

—Y personas. Y la universidad no solo nos sirve para desarrollar nuestra mente, señor, también forja amistades que perduran a través de los años.

Pensativo se quedó Quijote, hasta que Sancho le gritó desde la puerta del exterior.

—¡No quería usted escucharme, y tenía yo razón! Venga usted y aproxímese a mi vera, señor, que verá algo que no me cabe duda que le interesará.

Se acercó el hidalgo allá donde le solicitaba su escudero y, nada más llegar a la puerta, observó que, contigua a la Facultad de Economía se alzaba la Facultad de Letras.

En aquel momento, un joven salía de aquel edificio con la cara descompuesta. Miró frenéticamente a todas partes hasta que sus ojos toparon con hidalgo y escudero. Entonces su rostro mutó en una amplia sonrisa, y se aproximó con decisión a la Facultad de Economía.

—Aquí estaba... me había asustado. Se me debe de haber caído.

Se agachó y recogió de la puerta su ejemplar de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la*

*Mancha*. Con el libro en la mano, echó un ojo dentro de la facultad. Vio a aquellos dos chicos que debatían sobre Smith y Ricardo mientras sujetaban *La riqueza de las naciones*, observó la enorme biblioteca repleta de estudiantes preparándose para sacar adelante el examen de la teoría de juegos, y escuchó las risas provenientes de la taberna.

—Economistas... menudos personajes —murmuró.

## Una visita a la habitación del gato Schrödinger

M<sup>a</sup> JOSÉ TOQUERO DEL OLMO

Soraya le estrechó la mano y se buscó en sus ojos. “¿Quién eres?”, preguntó él. Ella esbozó una sonrisa y guardó silencio.

Cuando Soraya lo conoció, Fernando Represa Herráez era un joven profesor del Departamento de Química Inorgánica que simultaneaba sus tareas docentes con la tesis doctoral. Alto y de complexión atlética, el pelo negro azabache, grueso y abundante, y los ojos, serenos y de mirada envolvente, muy del gusto de las féminas. “¡Está como un tren!”, dijo la compañera que se sentaba al lado de Soraya, dándole un codazo, y ella estuvo de acuerdo. Represa era inteligente y tenía además una memoria prodigiosa. Era capaz de repetir una larga lista de radios atómicas sin titubear lo más mínimo. Cuando alguien se sorprendía de esa facilidad, siempre contestaba lo mismo: “El uso ha hecho que fijara esas cifras en mi cerebro, como antiguamente les sucedía

a las telefonistas que marcaban con frecuencia un número de teléfono”. No era esta su única habilidad. Era un buen profesor y sus clases resultaban muy entretenidas.

– La prueba que van a presenciar es un homenaje a Antoine Lavoisier, científico padre de la química moderna –dijo el primer día de clase, después de presentarse, y continuó: –Él ha hecho posible que ustedes y yo nos encontremos aquí, dispuestos a emprender el viaje de la Química Inorgánica. Espero ser su capitán y que esta travesía les resulte tan apasionante como me resultó a mí en su día la que inicié con don Pedro Satrústegui, insigne catedrático de la materia que hoy imparto yo. Espero igualmente que, cuando en el ejercicio de su profesión se encuentren en una encrucijada, recuerden sus conocimientos químicos y opten por respetar el equilibrio medioambiental. A eso le dedico yo mi vida.

\*\*\*\*\*

“Soraya, me llamo Soraya”, dijo ella, intentando abrir con su nombre un sendero en la memoria de Fernando Represa. Él solo acertó a devolverle una mirada amnésica. “¿Cómo te llamas tú?”, se atrevió a preguntarle Soraya. Él buscó desesperadamente un nombre que le permitiera reconocerse. Entreabrió los labios y volteó la lengua, pero su pensamiento se negó a

acudir en su auxilio. Claudicó con un gesto de impotencia y solo un bisbiseo salió de su boca. “¡La desmemoria y la muerte acaban por ser la misma cosa!”, concluyó ella y, por un momento, tuvo la sensación de encontrarse en el interior de la habitación de Schrödinger y contemplar a un ser vivo y muerto a la vez.

La asistenta dejó la bandeja de la merienda sobre la mesa. Los dedos de Fernando Represa se curvaron sobre el asa de la taza de malta. En la manera de llevarse la taza a la boca y posar los labios sobre la loza, Soraya reconoció a quien había sido su compañero de departamento y mentor durante más de diez años. Le había visto hacer ese mismo movimiento cuando desayunaban en el bar de la facultad o con el café solo que solían tomar después de las comidas, y también la única vez que Fernando aceptó subir a su apartamento y ella le preparó un café. Un día que Soraya siempre recordó como uno de los más aciagos de su vida. En la intimidad del salón, cuando ella estaba totalmente decidida a declararle su amor, él comenzó a hablar de su familia, de su responsabilidad como catedrático y del sentido del deber que había presidido toda su vida. Soraya comprendió que el mensaje que entrañaban aquellas palabras ponía fin a todo romanticismo entre ellos.

Fernando bebió el último sorbo de malta y se sumergió en un silencio impenetrable.

En el Canal 24 horas proyectaban un documental sobre la isla de plástico del Pacífico Norte, una mancha de residuos plásticos tan grande como la Península Ibérica. Hubo un tiempo en que la contaminación oceánica preocupó mucho al catedrático. “No podemos prescindir de los plásticos – decía –, pero debemos fabricarlos de modo y manera que no perjudiquen al medio ambiente”. Fue por ello por lo que, en colaboración con otros departamentos, puso en marcha una línea de investigación sobre plásticos biodegradables, que le dio grandes satisfacciones y convirtió a su equipo en un referente sobre el tema.

Soraya escrutó el rostro de Fernando. Las imágenes de los plásticos que flotaban en las aguas como natas venenosas pasaban ante los ojos de Fernando sin que él mostrara la menor reacción.

¡Cuántas cosas empezaron a perderse aquel día en que te extrañaste de no poder recordar el radio del oxígeno! –reflexionó Soraya en voz alta–. Las lagunas en tu memoria se fueron sucediendo y todo se precipitó el día en que no supiste escoger las monedas para pagar el café. “Tengo Alzheimer”, me confesaste. Contuviste las lágrimas, mostrar los sentimientos nunca fue tu fuerte, pero sé muy bien que llorabas por dentro. Añadiste que la ciencia no admitía imprecisiones y que tenías que retirarte. Quisiste que

yo aprovechara tu trabajo y continuara al frente de tu línea de investigación sobre los plásticos. Esos plásticos que ves en la tele y ahora te resultan completamente indiferentes llegaron a horrorizarte. “Puedes conseguir resultados”, me dijiste. Haz que mi vida no haya sido en balde, me suplicaste. Yo te respondí que sin ti nada tenía sentido; pero tú no admitiste mis palabras, igual que aquel día que subiste a mi apartamento y me impediste que te confesara mi amor. Ahora, que estás alejado de todo y nada te puede perturbar, te diré que en aquellos momentos sentí mucho dolor y mucha rabia ¡No sabes hasta qué punto me abrumó la responsabilidad que cargaste sobre mis hombros y la soledad en que tu desmemoria me dejaba! Temo, Fernando, que no he sabido responder a las expectativas que depositaste en mí. Hace un mes que nos han retirado los fondos de la investigación. Ahora subvencionan otros proyectos y no hallo la manera de continuar con la tarea que me encomendaste.

Por primera vez en toda la tarde, Soraya se alegró de que Fernando no entendiera sus palabras.

—¡Qué pena!— exclamó Fernando ante la visión del esqueleto de un polluelo de albatros al que sus progenitores habían alimentado con tapones de plástico, confundidos con pececitos de colores. Los desechos plásticos, de variadas formas, permanecían intactos en el hueco

donde estuvo el estómago y formaban un macabro puzle multicolor.

Por primera vez, desde que Soraya entró en la habitación, Fernando la miró a los ojos y ella tuvo el convencimiento de que el Alzheimer no lo había devastado todo.

—¡Hay que respetar la naturaleza!— exclamó Fernando.

Ella se emocionó e intentó abrir una vía de comunicación que la acercara a quien había sido su mejor maestro. Trato de explicarle su proyecto. Pero, al momento, él apartó la mirada y se acorazó en los neblinosos paisajes de su mente. La habitación volvió a ser como la morada donde vivía el gato, ni vivo ni muerto, de Schrödinger. Soraya se sintió terriblemente sola, pero decidida a no amilanarse ante las dificultades. “La ciencia es – pensó– una carrera de relevos y yo soy ahora la depositaria del testigo que un día me entregaste”.

## Juego de café

JESÚS MONTOYA JUÁREZ

*A mi Facultad de Letras.*

Cualquiera puede afirmar que conoce la facultad, pero no todo el mundo puede decir que sabe cómo respira su cafetería. No como aquel sujeto que este tiempo hemos visto sentado en una mesa, al fondo, solo. No recuerdo cuánto hace que apareció en nuestras vidas. Lo que sé es cuándo comencé a sentirme observado por aquellos ojos miopes, ocultos bajo un bosque de cejas que se me antojaban monstruosas. Una mañana de enero, decidí fijarme en lo que hacía y descubrí una pequeña libreta, tamaño cuartilla, de papel reciclado, que —me pareció— pretendía esconder de nuestra vista.

Naturalmente, aquello no garantizaba que tal sujeto fuera un perturbado obsesionado conmigo ni nada parecido. Sentí vergüenza cuando lo comenté con mis compañeros, a mitad de una partida de mus. Cristina me reprendió. “Vale que sea feo, pero no por eso va a ser un psicópata,

¿íbamos a chicas o a grandes?”. Tenía razón. La verdad es que era un tipo feo, tanto que cualquiera desearía que fuera un asesino, tan inquietantemente grotesco que me hubiera gustado habérmelo inventado para uno de mis cuentos. Lo comenté con Esteban: “Déjate de gilipollices: será un poeta, la Facultad de Letras está llena de colgados. Envido”.

Mis amigos y yo tenemos el vicio compartido de habitar la cafetería en otoño, en invierno, en primavera, de incubar nuestros estudios al calor del café y, después, con una cerveza a eso de la una. Cumplíamos rigurosamente con las trescientas horas anuales en la cafetería que dictaminaban las encuestas que nunca nos han hecho. Demasiado tiempo como para competir conmigo en un conocimiento exhaustivo de aquel submundo donde desaprendíamos lo poco que habíamos aprendido en clase. Pero mientras yo me reía de algún chiste malo de Esteban, o me enzarzaba en alguna absurda discusión con Chules, al que siempre me gustaba ver cambiar su cosmopolitismo de devorador de semanarios culturales por esa *malafollá granáina* tan suya, o cuando terminaba de darle un sorbo a mi café mientras espiaba perfiles de Instagram de las compañeras más populares, veía aquella mandíbula cuadrada, aquella tez rojiza, aquellas gafas gigantescas, aquella mirada diminuta agazapada tras la espe-

sura de sus cejas, sobresalir tras los hombros de otros estudiantes, otras tertulias, otros cafés.

Mi obsesión se hizo secreta porque ya era inútil. Ya lo había hablado con Cristina, ya me había dicho Esteban que eran gilipolleces. Así que aquel sujeto fue convirtiéndose en algo íntimo, algo que estaba resignado a ver aparecer tarde o temprano en los silencios ociosos de la cafetería.

Una mañana nuestra relación empezó a ser perfecta. Llegué. Llegó. Entramos a la vez: yo por la puerta que da al garaje, él por la puerta de cristales de enfrente. Sentí escalofríos. He de reconocer que desde hacía semanas había alterado las clases a saltarme para encontrar el momento de inicio de su juego. Lo había logrado. Pedí mi café y, cuando alcancé la mesa, él ya se había sentado. No me miraba. Estaba girado hacia el respaldo de su propia silla, con sus bracitos regordetes buceando en un portafolios. Luego se enderezó y solo me miró cuando hubo colocado todo sobre su mesa: su libreta abierta, su bolígrafo sin tapa y un vaso de agua. Recuerdo que bebí un sorbo de café y él, de modo mecánico, tomó el bolígrafo para anotar algo. Mi terror crecía parejo a una también terrible curiosidad. Repetí la operación y hallé idéntica respuesta. Pronto tuvo que detenerse para pasar la hoja. ¿Qué tenía este tipo que ver conmigo para apuntar lo que fuera que apuntaba sistemáticamente?

Desde aquella vez he alternado el miedo con la necesidad abstinente de pisar la cafetería. Había días en que no salía de clase alegando excusas, como que me faltaban demasiados apuntes o que había descubierto una vocación por la sintaxis funcional. No podía revelar que me aterrizaba la cafetería porque había un tipejo enano y miope que se dedicaba a copiar mi vida en una libreta de cuadrícula con un *bic*. Empezaron a preocuparme cada una de las bromas sobre sexo que había hecho en voz alta en la cafetería, las miradas de reojo a los *leggings* de mis compañeras, las críticas a profesores que nunca he publicado en *Patatabrava* o el vicio inconfesado de mordirme las uñas por el estrés. Porque ¿y si esa libreta estaba destinada a publicarse en redes sociales? ¿Y si aquel tipo me quería con el objetivo de una absurda campaña de desprestigio? Tardé en comprender que acaso aquello no importaba. Lo más angustioso de su macabra operación era no saber cuándo ni dónde se harían públicas sus notas. El problema no era el fin del secreto, sino su comienzo. Aquel tipo se llevaba jirones de mi vida a una zona de sombra – el papel cuadriculado– sin ofrecerme la posibilidad de leerla en tiempo real, darle un *like* o etiquetarme en ella, en un absurdo juego de café.

También había días en que apenas pisaba la clase, reclamado en la cafetería, donde me sentaba a esperar a mi personaje con una libreta de

papel reciclado abierta, para ir apuntando, en un documento accesible solo para mí, cada uno de sus gestos, espejos el uno del otro. Él anotaría que yo lo miraba inmóvil; entonces yo anotaba que él estaba anotando que yo lo miraba inmóvil; luego él, que yo había anotado algo cuando él había anotado que yo lo miraba inmóvil, y después yo, que él había vuelto a anotar que yo había escrito algo cuando él había apuntado que yo había anotado que él había anotado algo cuando yo lo miraba inmóvil. Así sucesivamente, en un duelo infranqueable en que imaginábamos un rival poderoso en mitad de una absurda partida de ajedrez.

Tras diez páginas, tres cafés fríos y más de tres horas allí, frente a sus cejas superpobladas y sus gafas de veinticinco pulgadas, me di cuenta de algo aterrador: mi rival cerró su libreta, nervioso, y salió a toda prisa murmurando algo que lamenté no haber sido capaz de anotar. ¿Era yo el vencedor? Habría querido preguntárselo, pensaba mientras anotaba que habría querido preguntárselo, cuando una voz conocida me trajo a la realidad: “¡Mírate, capullo! ¡En sepia!”. Cristina, Chules y Esteban saliendo de la nada para mostrarme, en el móvil de este, un rostro en tensión, los ojos bizcos tras los cristales miopes de mis gafas de pasta, la lengua apretada entre los labios morados mientras escribo. “Vaya careto: ¡125 *likes*! ¡Toda una estrella de la Red!”.

He sido el merecido centro de las bromas desde entonces. Mas fue en vano esforzarme en olvidar una obsesión que sigue consumiéndome. Porque alguna vez he creído ver las cejas monstruosas de un rostro familiar en autobuses, en bares de tapas, en fotografías diminutas de perfiles de *whatsapp*, tras mensajes de números desconocidos que me apresuro a borrar. Caras imprecisas que no son él, que no asustan tanto como cuando lo veo en el segundo que va desde la oscuridad a la luz eléctrica en la soledad de mi piso, cuando lo encuentro al otro lado del espejo, hasta que me doy cuenta de que el que me mira soy solo yo.

## **Intromisión**

RAÚL CLAVERO BLÁZQUEZ

–Disculpe –le pregunté al bedel–, ¿ha visto usted mi portafolios azul? Lo he buscado por todo el campus y no lo he encuentro. Es importante, ¿sabe? Guardo en él mis pautas para la clase de hoy.

–Por supuesto que lo he visto– contestó con su engolamiento de costumbre, desapareciendo un instante bajo su mostrador y regresando con mi portafolios abrazado contra su pecho. Me lo entregó sosteniéndolo sobre las palmas de sus manos, como si me estuviera ofreciendo una reliquia largo tiempo extraviada, y sonrió inclinando ligeramente la cabeza hacia adelante, en un gesto que trataba de disfrazar con amabilidad lo que a mí, en el fondo, se me antojaba como una más de sus burlas.

–Gracias.

–Me he permitido hacerle unas cuantas correcciones– añadió, mirándome fijamente.

Sentí que aquellas palabras me atravesaban sin compasión la piel, los huesos, la sangre, y no supe cómo responder. Ese hombre minúsculo, molesto como un millón de llagas en los labios, había traspasado la última frontera. O eso, al menos, es lo que creí entonces.

Desde que entré a trabajar como profesor adjunto en la Facultad de Humanidades, y durante meses, años quizá, el bedel no fue para mí nada más que una mancha borrosa en mi paisaje. Nuestra relación se limitaba a desgastados saludos de cortesía al encontrarnos en los pasillos o a breves conversaciones sin ningún significado profundo cuando me entregaba el correo. No sé precisar el momento exacto en el que él decidió que no tenía suficiente con aquellos ejercicios formales y se atrevió a establecer entre los dos una confianza que yo no le había concedido y que fue en aumento con el paso de los días, pero sí que recuerdo la frase que pronunció y que me hizo reparar realmente en su presencia.

—Muy interesante su lección de esta mañana.

Los dedos de mi mano derecha se quedaron extendidos, rígidos como ramas de un árbol seco, congelados antes de tomar el sobre que el bedel había dejado sobre mi mesa.

—Siempre que puedo, suelo colarme de oyente en su aula —dijo, como aclaración—. Espero que no le moleste, es usted tan brillante que no

consigo resistir la tentación de sentarme entre los demás alumnos.

Quizá debí frenarlo en ese instante, decirle que todos cuantos asistían a mis asignaturas debían pagar una matrícula, exigirle que no volviera a hacerlo, pero tan sólo sonreí y negué levemente con la cabeza, acariciado por sus elogios, ahora lo comprendo, en la parte más ingobernable de mi vanidad.

—Sin embargo —continuó, entornando los ojos, como si se estuviera preparando para impartir una homilía—, no estoy muy convencido de toda esa historia del constructo social. Creo que cada individuo se define por sus actos, no por la cultura o la influencia del entorno. Debería usted explicar más teorías de antropología conductista, ¿no le parece?

Ver bailar a un hipopótamo en la cornisa de mi ventana me habría desconcertado menos que aquel arrebató intelectual del bedel. Me miraba satisfecho, era un niño que esperara una gratificación tras recitar sin fallo la tabla de multiplicar.

—Márchese, por favor —le dije tras un largo silencio—, tengo mucho trabajo pendiente.

—Claro, claro. Disculpe —aceptó él, dando la media vuelta.

Desde entonces, cada vez que nos cruzábamos, el bedel insistía en comentar conmigo mis clases, los libros que leía, los programas cultura-

les que había visto, o las exposiciones a las que había acudido. Yo nunca le respondía, hacerlo habría equivalido a concederle algún tipo de importancia, a ofrecerle una puerta de entrada a una discusión que establecería, inevitablemente, un hilo argumentativo infinito en un terreno profesional que yo quería mantener única y exclusivamente para mí, pero por algún motivo el bedel interpretaba mis silencios no como un rechazo hacia ese vínculo que se empeñaba en fabricar entre nosotros, sino como una invitación para que siguiera hablando, y hablando, y hablando. Era tal la familiaridad con la que me trataba que incluso en una ocasión me regaló una chaqueta de tweed.

–Me he fijado en que su estilo es demasiado informal. Es usted un sabio y debe vestir como un sabio, eso le ayudará a proceder como un sabio. Nos definimos por nuestros actos, recuerde.

Con el transcurso de los meses, además, empezó a comportarse como si fuera un colega veterano que se viera obligado a rectificarme en cada uno de mis pequeños tropiezos de profesor inexperto. En sus ya habituales repasos a mis lecciones señalaba mis balbuceos, mis fallos al citar alguna fuente, mi generosidad en el reparto de calificaciones. A esas alturas ya no podía reprimirlo ni ofenderme por su descaro, su arrogancia me vencía, era un alud que aplastaba toda la seguridad que yo había tenido antaño en mis

conocimientos, y por eso aquella tarde, al recuperar el portafolios, lo único que pude hacer fue darle las gracias y marcharme lejos, allá donde no me alcanzara su voz. Temblando me encerré en el cuarto de baño de la cafetería y comprobé las correcciones del bedel. Mis notas estaban llenas de tachaduras, de signos de exclamación en un rojo insultante, y de nombres de autores de los que no sabía prácticamente nada. Comencé a llorar, y una hora más tarde, subido y deshecho en la tarima de mi aula, ante las miradas incómodas de los estudiantes y el gesto censorador del bedel, no tuve más remedio que seguir en la clase el esquema que él me había marcado.

Aquella noche fui incapaz de dormir. Cómo había sido tan débil, me preguntaba, cómo había permitido que ese hombrecillo insignificante se apoderase de mis pensamientos, del sentido último de mi trabajo, de mi vida, pues, ¿no es el oficio de cada ser humano lo que a fin de cuentas lo define?

—El ser humano se define por su trabajo, el ser humano es aquello que hace— repetí en voz alta, dándome cuenta, de pronto, de qué manera podía vengarme del bedel.

A la mañana siguiente aguardé en la entrada de la facultad, escondido tras una columna, y en cuanto lo vi atravesar el patio con la fregona en la mano me precipité hacia el interior de su oficina. Aquello, tal y como había imaginado, era un

completo desastre, y yo estaba dispuesto a enseñarle hasta qué punto es molesto que alguien se inmiscuya en tu empleo. Metí las cartas en sus casilleros correspondientes, reordené las llaves, y estaba encerrando el mostrador cuando sonó el teléfono. Era el bedel, me citaba en mi propio despacho.

—Vaya a la biblioteca y tráigame “*Más allá de la libertad y la dignidad*” de Frederic Skinner.

Salí corriendo y le llevé el libro en menos de tres minutos. Empecé a demostrarle así que yo hacía su trabajo mucho mejor de lo que él lo había hecho jamás.

Ahora él es uno de los antropólogos más reputados del país, colabora como tertuliano en numerosos canales de televisión y ha escrito libros que se han vendido por millones, es cierto, pero también es verdad que en mi conserjería acabo de cumplir diez años sin perder un solo bolígrafo. La Asociación Nacional de Porteros me condecoró en la última junta. Estoy seguro que el bedel estará retorciéndose de envidia en su yate.

## Pósits

ISABEL GARCÍA VIÑAU

Me enamoré de él. De ese compañero peculiar de la facultad que nunca tenía tiempo para charlar en el Campus Universitario de Rabanales y, a la salida, enseguida se perdía de mi vista. Siempre iba deprisa. Era introvertido y a veces llegaba a clase con el sobrecejo caído, con los ojos cansados y enrojecidos, con la sonrisa totalmente borrada, con cara de falta de horas de sueño...

Era búlgaro y se llamaba Miroslav, nombre que significa paz y gloria. Sin embargo, su manifestación nunca era de paz ni de gloria sino más bien de llevar un avispero en la cabeza porque abría los libros, los cerraba, los hojeaba, subrayaba un tema que todavía no había sido explicado, miraba despistado hacia la pizarra, cogía apuntes cuando el profesor estaba callado, se rascaba la cabeza en actitud pensativa... y escribía pósits. Lo de escribir en los pequeños adhesivos era frecuente. Pero a pesar de todo,

era intuitivo y trabajador y aprobaba todas las asignaturas.

Muchos compañeros comentaban que Miroslov era drogodependiente, por sus ojos enrojecidos y porque parecía tener síndromes de abstinencia. Pero yo pensaba que algo diferente le ocurría y que sus pensamientos eran agitados por aires muy distintos de los propios de los universitarios. Mas ¿qué le ocurría? ¿Acaso yo tenía alguna posibilidad de ser capaz de destapar al menos una pequeña parte de su mundo? Así es que pensé que la única opción a mi alcance sería ir descubriendo el porqué de su sobrecejo caído, de sus ojos abotargados y enrojecidos, y de otras muy variadas y repetidas manifestaciones.

Era difícil establecer un diálogo con él. Sí, sumamente difícil. Tan complicado como esperar que unas nubes vaporosas y blancas suelten trombas de lluvia o cubrir todo el azul del cielo con una mano. Pero debía intentarlo. Para ello, tuve varias ideas. Al final opté por comprarme una peluca de melena larga y negra (puesto que yo era rubia y de pelo corto) para perseguirlo y no ser reconocida. Porque ¿adónde se dirigía con celeridad al acabar la última clase? Iba deprisa como el vuelo de los pájaros aviones tras la caza de los mosquitos tiernos de la primavera.

En la jornada siguiente, con mi peluca en el interior del bolso por si ese día era el elegido

para perseguirlo, lo observé sin perder detalle. De vez en cuando daba cabezazos de forma repentina y se despertaba de los micro sueños. Tras un sueñecito y otro, escribía en los pósits. Intentaba leer esas notas, abalanzando mi cuerpo hacia él, como intentando buscar acomodo en el asiento. Pero su letra era menuda, muy menuda y mi vista no alcanzaba.

Lo que estaba claro era que cuanto más pasaban los días, más intriga me creaba y, al compás de la intriga, también iba creciendo mi amor.

A la hora del almuerzo, los universitarios íbamos asiduamente a la cafetería de la facultad. Él, sin embargo, nunca lo hacía. Solía comer en los pasillos un bocadillo que se traía de casa, solo, siempre solo y mirando al suelo. Uno de los días, al sentirlo tan aislado, me acerqué a Miroslav para proponerle si quería ser mi compañero en la fiesta que íbamos a realizar los estudiantes. Pasé muchos nervios y noté los latidos desbocados en mis sienes. Su respuesta “No, no puedo, aunque me gustaría mucho” me dejó descolocada, desconcertada, con ilusión por el “aunque me gustaría mucho” y todavía más pensativa. ¿Qué ocupaciones tendría? ¿Cuáles? Para esa fecha, la mayoría de los chicos seguramente solo se iban a preocupar de cómo ligar con la chica de sus ojos, y las chicas, qué vestido elegir y qué maquillaje para resultar más atractivas en la

fiesta. ¿Y Miroslav? ¿Por qué estaba tan alejado de nuestro mundo universitario? ¿Por qué no se integraba? ¿Por qué?

Un día, en la clase de Embriología, mientras el profesor explicaba la embriogénesis, Miroslav se quedó dormido. No se trataba de un micro sueño, era un sueño más extenso y profundo. Cuando noté que sus ojos se movían de manera aleatoria y rápida, como en la fase REM, aproveché para apropiarme de tres pósts que sobresalían de las páginas del libro. No se trataba de un robo, pensé, porque para nada estaba utilizando la fuerza o intimidación, simplemente era un “sustraer” esos adhesivos para saciar mi avidez de saber de él porque lo amaba. En los pósts había escrito: “Comprar los potitos de pollo con verduras para Vladimir”. “Betadine para la herida de Dominique”. “Repartir los paquetes en el Polígono del Guadalquivir”. Al leerlos, se me amontonaron un montón de preguntas: ¿los potitos a Vladimir?, ¿Betadine para Dominique? ¿Es que Miroslav era padre? ¿Por qué no podría serlo? Me dio un vuelco el corazón y sentí desazón y tristeza. Luego, mi pensamiento voló a otro extremo: ¿Y si apropiarme de los pósts le acarrearba algún perjuicio? ¿Cómo devolverlos a su sitio? Podría despertarse y al ver mi gesto retirarme la palabra. Por ello, debía pensar qué hacer. Opté por adherirlos en el lomo del libro

y dejarlo caer. El ruido lo despertaría. Y así fue. Disimulé y sonó el timbre.

Ese día, él iba a correr, pero yo también. Él cogería en la marquesina el autobús y la peluca de mi cabeza también. El autobús se dirigía al barrio de las Moreras. Me acomodé en los asientos traseros. No debía perderlo de vista para apearme en la misma parada. Conforme nos acercábamos al barrio, el número de viajeros disminuía. Me puse nerviosa al pensar “a ver si vamos a quedarnos solos y me reconoce”. En el trayecto abrió uno de los libros de Biológicas y estudió unos minutos. Sin embargo, yo, con las prisas, no recordaba dónde había dejado mis libros. Pero qué más daba, eso no era ningún problema, mis padres me comprarían otros. La verdad es que estaba fuera de mí. Cerré los ojos para intentar encontrar la tranquilidad en la oscuridad. Los abrí al detenerse el bus. Miroslav se apeó y yo lo hice por los pelos. Lo seguí un buen trecho hasta llegar a uno de los rincones del barrio de las Moreras, a las casitas portátiles de la década de los sesenta. Y allí me quedé pasmada: cuatro chavalillos salieron a su encuentro y se agarraban a sus manos y a sus perneras. Escuché, “Qué tal tato”, “Bien Vladi, te traigo los potitos. ¿Y tú, Dominique? ¿Cómo va tu herida? Vamos a curarla que siempre andas a vueltas con la tierra y puedes coger una infección”. Los otros, más

mayores, le preguntaban qué tal en la facultad y le decían que le habían cargado los paquetes en la furgoneta para que los llevara al Polígono del Guadalquivir. “¿Y mamá? ¿ya ha llegado del trabajo? Vamos a prepararle la cena. Desde que nos dejó papá, debemos quererla más”.

Aquella imagen y aquellas palabras me produjeron un nudo sensible en la garganta. Ese día recibí la lección más magistral de mi vida. Muchos universitarios éramos hijos de papá, mimados y consentidos, gratificados con buenos regalos por nuestros estudios. Y otros, como Miroslav, iban adquiriendo cultura con mucho esfuerzo, trabajando, cuidando hermanos...

A partir de entonces, nació en mí el nuevo concepto de ser universitaria.

## **In memoriam**

MARÍA POSADILLO MARÍN

Vuelvo a estar delante de este imponente edificio, y siento que mi historia termina en el lugar con más solera de esta ciudad. Observo en silencio el reloj de la fachada y, como si una mano invisible hiciera girar sus agujas a una época que no reconozco, regreso a un presente que me es ajeno. No consigo comprender por qué, sobre la puerta principal, unas letras me anuncian que ha dejado de ser la Facultad de Veterinaria.

Aunque los naranjos de la entrada siguen impertérritos al paso del tiempo, todo parece haber cambiado en el interior, como si la pátina que cubre todo lo antiguo hubiera desaparecido con la pulcra capa de la modernidad. En este lugar que se erige como sede del Rectorado los ecos de ultratumba rebotan por las paredes de mosaico. Los que pasean ahora por la sólida construcción mudéjar no atinan a descifrar las extrañas cacofonías que se escuchan intramuros. Pero na-

die se inquieta por tan singular fenómeno. Descubro que el ruido de los vivos ahoga cualquier vestigio del pasado en medio de la frenética actividad.

Se ha disipado el olor a formol y desinfectante que ayer impregnaba las batas blancas en nuestro bullicioso ir y venir, aunque, al cerrar los ojos, puedo escuchar chirriar las viejas puertas de madera de las aulas.

En el patio trasero un par de vacas, tan viejas como el establo, mugen resignadas al trasiego de alumnos inexpertos. Poco a poco, los familiares sonidos parecen retornar al espacio que siempre ocuparon. Al abrir los ojos el aire se percibe más espeso, y a la densa atmósfera se unen los golpes de unos cascos al trote sobre el mármol blanco. Como si uno de los jinetes del Apocalipsis hubiera perdido su montura, un caballo de sospechosa tonalidad deja ver su recio esqueleto bajo capas de lacerada musculatura. Tras él otro jamelgo, tan hinchado y verde como un gigantesco globo infantil, se lanza al galope desde el viejo Departamento de Anatomía. Nadie más parece verlos campar a sus anchas, aunque sus relinchos hacen menear la cabeza de ese bedel, que se sacude la extraña contaminación acústica abriendo los ventanales.

Un grupo de ranas, algo chamuscadas, huye del laboratorio de Fisiología. Las descabezadas saltan de lado a lado por la galería, bastante des-

orientadas y, en su croar, acompañan a las que han quedado indultadas en un barreño.

Las ovejas, que tenían su aprisco en uno de los descampados del exterior, pastorean ahora en los jardines de un parque infantil surgido de la nada, Desde la ventana del primer piso puedo verlas en su ingravidez; igual que las descubren un puñado de chiquillos que corren tras ellas imitando sus balidos. Las madres se miran desconcertadas intentando entender el extraño juego de sus criaturas.

Camino intrigado por el corredor principal de la primera planta, donde un grupo de ancianos conversa animadamente. Ignoro qué hacen esos estudiantes que parecen haber envejecido allí mismo. Su manoteo al aire me resulta peculiar hasta que, al aproximarme, descubro el zumbido persistente de un ejército de moscas espectrales. Sonríe al comprobar a los minúsculos insectos alados, que consiguieron aparearse hasta el infinito en entregados experimentos genéticos, y han logrado salir de sus tarros y volar hacia la luz, aunque esta provenga del tímido haz que se filtra por los cristales.

Siguen aquí. Todos ellos. Se resisten a marchar igual que mis recuerdos. Esos que por momentos empiezan a perderse de mi memoria. Ahora lo sé. Los espíritus olvidados de este lugar permanecemos impasibles al paso del tiempo. Aquí se quedaron prendidos mis sueños y las

ilusiones que nunca llegué a cumplir. La vida, a veces, juega malas pasadas, pero los pensamientos de quienes compartieron conmigo mis mejores momentos, esos, siempre me permitirán regresar. Es el sino de los fantasmas.

## Comida de despedida

CARLOS GÓMEZ DÍEZ

Enrique no sabe por qué ha dormido tan mal en ésta su primera noche de jubilación, pero sospecha que la causa es la comida de despedida que hoy le ofrecerán sus ya excompañeros de universidad.

En el autobús observa los rostros marchitos y demacrados de los otros viajeros y se siente ya, de golpe, parte de su nuevo ejército de jubilados, soldados derrotados, expulsados del frente y condenados a vagar sin rumbo detrás de las líneas, sin poder ya nunca más luchar en otra batalla perdida.

No acude directamente al restaurante, se ha permitido un último placer antes de la comida: una visita inesperada al departamento para despedirse de aquellos que le anunciaron muy compungidos que no podrían pasarse por el restaurante.

En realidad, el placer que Enrique quiere

gozar es el de anular las coartadas de aquellos que se inventaron un falso viaje o una inexistente reunión.

No le ha traicionado su intuición, allí están la mayoría, sin saber dónde esconderse o qué excusa falsa esgrimir ante su viaje anulado o su reunión aplazada.

Enrique les sonríe y, con el tono más irónico de que es capaz, les asegura que lo comprende, al mismo tiempo que niega con su entonación lo que afirman sus palabras. Ha disfrutado mucho contemplando sus rostros sonrojados y escuchando su voz titubeante.

Ha dejado para el final la visita al jefe de departamento. 35 años de servicio y no ha sido capaz de bloquear su agenda para ir a su comida de despedida.

La excusa del jefe suena creíble, y su rostro y su entonación no la desmienten. Nada mejor que atribuir al decano la petición de un informe urgente de última hora para explicar por qué tuvo que anular la reunión ineludible que le impedía acudir al restaurante.

No quiere abandonar la universidad sin despedirse del decano y agradecerle el amable correo que le ha enviado. El decano es un hombre muy ocupado y no puede permitirse el lujo de despedirse personalmente de los trabajadores que se jubilan, aunque lleven 35 años de servicio.

Sin embargo, Enrique cree que puede encontrarlo a esa hora en la cafetería del campus y no se equivoca. No le robará mucho tiempo, lo justo para darle las gracias, despedirse y ofrecer su ayuda en el informe urgente que ha pedido al jefe de departamento.

Cuando el decano niega todo conocimiento sobre el informe, Enrique abandona la cafetería con el rostro iluminado por una sonrisa y la duda de si el decano le dirá algo al jefe de departamento. Desearía que sí, pero comprende que es un hombre muy ocupado.

Enrique da un último paseo por el campus. Reconoce a algunos alumnos, siente que sus miradas lo atraviesan como si fuera transparente y es entonces cuando constata que él ya no está allí, se ha convertido en una hoja seca más, como las que ahora, y ante su mirada nostálgica, están cayendo arrancadas por el viento y el otoño.

Sabe que nunca volverá a pisar el campus, pero se engaña convenciéndose de que sí, de que regresará algún día a saludar a los colegas, algún día que tenga que pasar por la zona y, por supuesto, cuando lleguen las despedidas de Ignacio e Inma, que serán el próximo curso.

Enrique no sabe qué va a hacer a partir de mañana. Sabe que mañana, por primera vez en 35 años, no va a hacer nada, nada en absoluto.

Enrique vive solo, está divorciado y no tiene hijos, ni siquiera, hermanos. Enrique está tan

solo como se puede llegar a estar en mitad de una gran ciudad.

Tal vez debiera cambiar eso y conocer a alguna jubilada con la que viajar a Benidorm, bailar y llevar una alegre vida de jubilado. Tal vez, en primavera. De momento Enrique no quiere pensar en nada, desea alcanzar el nirvana si supiera cómo.

Al fondo vislumbra el cartel del restaurante. Le conmueve que Corcuera y Rodríguez hayan venido a su despedida: viven a más de 300 kilómetros. Llevan tiempo jubilados. Estarán sentados a ambos extremos de la cabecera reservada para él. Serán tres muertos vivientes contándose historias del siglo pasado protagonizadas por personas que nadie más que ellos recuerda, tres supervivientes de una tribu extinguida hablando un idioma que nadie más comprende y que desaparecerá con ellos.

Los demás reirán sus historias sin entenderlas, tan solo por complacerlos, para acelerar con su asentimiento el sellado de la pirámide donde descansarán las tres momias.

Los nuevos se sentarán todos juntos al fondo de la mesa. Hablarán entre ellos en susurros por miedo a encabezar alguna vez el hilo dominante de la conversación. Reirán cuando los demás rían y no perderán de vista a sus directores de tesis.

Le ha parecido divisar a Leire justo en el momento en que entraba en el restaurante. Leire es la secretaria. A Enrique le resulta irónico que su jefe no acuda a la comida y que delegue en ella este tipo de eventos. Leire siempre se ha mostrado fría y eficaz en el trabajo: un robot bello y eficiente

Enrique la imagina ocultando la bolsa con su regalo bajo la mesa y hablando con sus compañeros de mesa del tema de siempre: sus hijos.

Enrique se detiene ante el escaparate de una tienda. Piensa en el regalo que le habrán comprado. Tal vez sean dos bastones de marcha nórdica o un reloj con el nombre del departamento grabado. Y, por supuesto, una postal dedicada con la firma de todos ellos, especialmente la de los ausentes en la comida.

Y es que Enrique percibe que él ya ha vivido esta misma despedida en las despedidas de los demás: en las de Corcuera y Rodríguez y en las de otros que ya no recuerda porque entonces él se sentaba en la esquina de los nuevos.

Como si fuera el guionista de su propia despedida Enrique puede anticipar todas las conversaciones mientras se contempla en el escaparate de una tienda de moda: sesentón, marchito, ojeroso, devastado por el implacable paso del tiempo, triste y melancólico por el peso de los recuerdos y las frustraciones.

Y siente que volverá a vivir su despedida en la despedida de otros y, como una revelación, Enrique se da cuenta de que no desea ir a su despedida, que su despedida ya fue y que será y que no quiere que sea.

Y lo lamenta por Corcuera y por Rodríguez, que han venido desde lejos, y por otros a los que quizá no vuelva a ver. Y se alegra por algunos a los que no quiere volver a ver nunca más.

Enrique se gira. Siente que camina más ligero, más libre, como si hubiese lanzado lejos de sí un peso voluminoso que ralentizaba su paso.

Al dar la vuelta a la esquina Enrique se da de bruces con su ya exjefe de departamento.

Al final, los remordimientos o quizá una llamada del decano, le han hecho variar de opinión. Tras ser refutada su falsa coartada, no puede comprender cómo Enrique camina en sentido opuesto al restaurante.

– ¿No vas a tu despedida?

– No. Discúlpame ante los demás. No me quiero perder ni un minuto del resto de mi vida.

## La lección de filosofía

ARCADIO ANTONIO BOLAÑOS ACEVEDO

Los viernes tengo una clase que dura tres horas seguidas. Es, seguramente, el último curso de Filosofía que llevaré. Cuando empezó el semestre hice lo que hago siempre. Me senté en la última fila, donde nadie podía verme, y desde allí, miré a todos los que estaban en el salón. No sé qué filósofo hizo esta clasificación, pero me resulta útil: hay personas verdaderamente inocentes, y otras que han neutralizado por completo cualquier rastro de inocencia.

¿Qué es la inocencia? Según Constantino, nuestro profesor de filosofía, es “el estado anterior a la duplicación del yo, ese momento de la vida en el que la acción se corresponde con la intención [...] Cuando no vacilamos en mostrar lo que somos, lo que sentimos y pensamos. Cuando la verdad de nuestro ser habla en la conducta. Después aprendemos a guardarnos, a fingir, a parecer lo que no somos. La inocencia

no se opone a la sexualidad ni al deseo. Su contrario es la mentira. Lo que preocupa no es la acción incontrolada, los errores que se cometen tempranamente. No, el pecado es la falsedad. Ese aprendizaje en la doblez, decir lo que no se piensa, mentir en la acción y hacerlo tanto y tan seguido que ya no se sabe quién es uno en realidad. La pérdida de la inocencia es la caída en la nada interior, el vivir enmascarado, torcida el alma, negando con la palabra y la conducta la humilde verdad que habita en el corazón”.

Y siempre pasa lo mismo. Digo que será el último curso de filosofía que llevaré, pero este profesor me encanta. Habrá que buscar qué cursos va a enseñar el próximo semestre. No importa si me atraso con lo demás. Ese primer viernes, sin embargo, me entero de que en el curso habrá muchos trabajos grupales. Yo le tengo fobia a los grupos. En mi mente, se va formando el paisaje de lo indeseado, de la tensión inmensa de verme rodeado de personas desconocidas, tal vez inep-tas, tal vez totalmente corruptas, personas que han erradicado su inocencia prematuramente. A las diez de la mañana, el profesor dice que ya podemos formar grupos, y que sean de tres o cuatro.

Es entonces que tiene lugar un acto inocente, desinteresado, que me sorprende gratamente: al otro extremo del salón, una de esas personas a las que veo siempre caminando por ahí, me mira como si me reconociera a pesar de no conocer-

me. No estaba seguro de que el gesto de reconocimiento estaba dirigido a mí, pero al cabo de unos segundos se acerca y me pregunta si puede estar en mi grupo. Respondo con la verdad, cosa que intento hacer tanto como pueda, y le digo que no hay ningún grupo, que solamente estoy yo. No importa, responde, igual no conozco a nadie más. Nos sentamos y observo de reojo las caras que están alrededor. La mayoría son caras nuevas, alumnos de segundo ciclo quizá. Entiendo por qué él y yo nos sentimos tan desubicados, ambos estamos haciendo un quinto ciclo que nos convierte, muy probablemente, en los mayores del curso. Cuando ya todos están trabajando, se abre impuntualmente la puerta y entra Bruno Conte, antiguo conocido mío del curso de Sociología. Un rápido cálculo me permite comprobar que es uno más de nosotros, otro que va por el quinto ciclo. Ahora somos tres, el grupo está completo, sin ningún malestar de mi parte, sin ninguna tensión, por primera vez.

Desde ese primer viernes, nos sentamos los tres juntos, todas las semanas. Hay algo especialmente placentero en el encuentro. El extraño de la primera clase es ahora alguien que se llama Rodrigo Gozalo, no Gonzalo, sino Gozalo, como dirían los argentinos, “gozalo che, que la vida se acaba”. Converso con él y Bruno todos los viernes, y es mi único momento agradable de la semana. Conversaciones casuales, comenta-

rios breves durante la clase, nada más. Y pienso que es asombroso que una trivialidad así tenga un efecto tan positivo, que me haga recuperar un poco la confianza, que me haga creer nuevamente en la inocencia de las personas, no en la que está en los diccionarios sino la que ha quedado ya definida por Constantino.

Los fines de semana me encontraba con Carmencita, mi novia, y hablaba tanto sobre mis clases de filosofía que ella terminaba bostezando, aunque siempre me hacía preguntas sobre mis dos amigos, en especial sobre Rodrigo, “¿y no será Gózaló en vez de Gozaló?”. Y yo tenía que explicarle que no era así, que él mismo me había explicado que su apellido era Gozaló. Yo cada semana hablaba más sobre Rodrigo, y cada vez más Carmencita se quedaba sorprendida, al inicio, y luego fastidiada. “A ver si a este paso vas a terminar gozándotelo”.

No fue sino hasta que llegamos a la lectura del *Tractatus* de Wittgenstein cuando empecé a entender lo que Carmencita me había intentado decir. Ambos nos conocimos en una nueva *dating app* enfocada exclusivamente para jóvenes heterosexuales que buscan pareja pero no sexo. Ambos compartíamos las mismas ideas y los mismos valores. Nos casaríamos al día siguiente de nuestra graduación y llegaríamos vírgenes a nuestra noche de bodas. Cuando leí los diarios de Wittgenstein sentí un escalofrío que me reco-

rrió de la cabeza a los pies. Wittgenstein escribía que “se había masturbado por primera vez en tres semanas”, y yo también había hecho lo mismo (bueno, 19 días para ser exacto). El filósofo legendario se sentía culpable y asqueado por cometer semejante acto, sobre todo porque el causante de semejante excitación era cierto jovencito que estudiaba matemáticas. Para mí la situación era prácticamente la misma: casi sin darme cuenta, Carmencita se había visto desplazada en mis fantasías y Rodrigo había empezado a ocupar una posición privilegiada. Esa misma noche, antes de eyacular, había cerrado los ojos, y había imaginado el rostro de Rodrigo, había recordado el sonido de su voz, y eso fue más que suficiente para hacerme llegar al orgasmo. Me sentí culpable, como si estuviera traicionando a Carmencita. Abrí mi diario y escribí “después de 3 semanas, hoy me he masturbado”, luego taché la primera línea y la cambié a 19 días.

Yo tenía que seguir siendo fiel a la definición de inocencia que había aprendido en clase, y ese fin de semana tuve una larga conversación con Carmencita. Le describí, sin omitir detalle alguno, lo que me estaba pasando. Pensé que ella, en su infinita sabiduría, tendría alguna panacea en la cartera, un remedio casero, una fórmula secreta que nos volvería a unir como pareja. Pero ella solamente atinó a darme una bofetada y se alejó rápidamente.

Desde entonces, cada viernes, miraba más atentamente a Rodrigo, e intentaba decirle la verdad, pero era difícil. Cuando nos quedábamos conversando después de clase, Bruno siempre estaba allí. Finalmente, un día Bruno se fue temprano y yo empecé con rodeos, hablando sobre la inocencia, sobre la verdad, las relaciones, entonces él me interrumpió y me dijo que recién había conocido en una *app* a una chica linda que se llamaba Carmen, “aunque lo malo es que es de esas que se hacen las estrechas”, me explicó mientras me apretaba la mano para despedirse.

## Así fue

ELENA HUERTAS MENÉNDEZ

Mi facultad tenía una gran escalinata en la entrada. Si te parabas en la parte inferior y mirabas la fachada, aún podías ver algún balazo perdido de cuando la guerra. Tenía tres puertas separadas por estatuas y estaba orientada al sur, por lo que el brillo blanco del mármol te cegaba durante los primeros tres segundos. Luego, poco a poco, recuperabas la visión y podías fijarte en los alumnos que, como tú, se paraban frente al edificio que les iba a albergar durante los próximos cinco, seis, o según la estadística, diez años de carrera.

Me fijé en el gran número de personas que integrábamos la fila frente a la secretaría para realizar la matrícula. Me habían dicho que al terminar el curso la mitad de los novatos habrían abandonado, por lo que, para pasar el rato, intenté adivinar quiénes de mis compañeros allí presentes serían los supervivientes de la masacre.

Mi primer saludo fue para una chica de pelo lacio con gafas y expresión de saberlo todo. Se llamaba Estela, me dijo, y tenía asignado el turno de tarde como yo. Nunca la volví a ver después de aquel día, seguramente porque consiguió un cambio de turno que yo no sabía que se podía pedir.

La siguiente conversación la mantuve con una de las secretarias, que me recalcó que tendría que memorizar rápido mi número de expediente y las claves de acceso al programa de matriculación porque no estaba dispuesta a volver a darme esa información.

– *Sois casi cuatrocientos nuevos* –insistió – *y pretenden que os matriculemos hoy a todos, tenéis que poner de vuestra parte.*

Abandoné el vestíbulo con un montón de formularios y preguntas sin resolver y atravesé una de las puertas que lo separaban del hall principal en busca de una pared llena de corchos donde debía localizar mi horario para el siguiente cuatrimestre. Acababan de explicarme que aunque lo llamaban cuatrimestre realmente duraba seis meses, por lo que hasta Semana Santa mi vida alternaría entre las matemáticas, los pinceles y un objeto llamado *paralex* que Estela había intentado describirme sin conseguir que yo supiera de qué me estaba hablando, aunque me quedó muy claro que era bastante caro.

De aquel hall luminoso me sorprendió la escalera imperial de tres tramos que dominaba el espacio; me pareció un desperdicio, ya que por ella subían y bajaban simples alumnos, no príncipes o condes, pero recordé que el edificio tenía más de setenta años, por lo que se construyó cuando los estudiantes universitarios eran pocos y merecedores de admiración y cuidados. Si no fuese porque junto a los pies de aquella magnífica escalera estaba la puerta de los aseos y apesataba, hubiese dicho que disfruté el momento de subir por primera vez por ella.

¿Cuántas veces me tropecé bajándola en los seis años siguientes que estuve estudiando allí? Imposible contarlas. Resultaba que las dimensiones de los peldaños de aquella escalera regia no eran los habituales y, por lo tanto, el cerebro no permitía bajar por ella de forma automática mientras se mantenía una conversación, por lo que o callabas o ibas al suelo. Creo que todos nos caímos de culo alguna vez y tras nosotros, caían los folios, pinturas, tubos de proyectos, maquetas... En esos momentos los compañeros, solidarios, rescataban en primer lugar tus maquetas o planos, conscientes de que la integridad de los trabajos era mucho más importante que la de uno mismo.

Aquel primer día recorrí los pasillos sin fin de aquel excepcional edificio, tomando nota mental de que desde la última fila de las enormes aulas

no se veía bien la pizarra. Descubrí un fantástico jardín en la parte trasera, junto al campo de deporte, lleno de macizos de flores. No pocos besos me robaría meses después en aquel jardín el que luego fue mi marido. Descubrí un sótano lleno de laboratorios, con pasillos kilométricos llenos de taquillas metálicas y aulas de arte con caballetes enormes donde se almacenaban los cadáveres de los trabajos de otros años: láminas con dibujos que a mí me parecían dignas de ocupar el Prado habían sido abandonadas sobre el mobiliario sin pena alguna. No quería ni pensar en el nivel que exigirían en aquellas materias si los alumnos despreciaban lo que yo hubiese puesto para decorar mi habitación, no sabía cómo iba a explicarles a mis padres que acababa de darme cuenta de que no iba a ser capaz de dar la talla que aquellos muros exigían, que iban a tener que gastarse una fortuna en todo tipo de materiales para que yo pudiese jugar a ser universitaria y que muy probablemente yo iba a ser una de las desertoras del primer año.

El ambiente de aquel sótano se tornó agobiante de repente, y a duras penas conseguí salir al exterior por unas pequeñas escaleras, mucho más discretas que las que había visto antes. Fui a parar a un enorme cubo de cristal exento que parecía ser la cafetería. Esperando encontrarme hordas de alumnos jugando al mus, lo único que

encontré fueron decenas de sillas blancas vacías entre las largas mesas y un camarero al fondo que parecía estar esperándome. Me acerqué a la barra para pedirle una botella de agua bien fría, pero me debió ver blanca como las estatuas de la entrada, porque decidió por su cuenta ponerme una Coca-Cola.

—*¿Una mañana difícil?*— me preguntó —*¿Eres nueva?*—

Asentí levemente.

—*Penúltima mesa del lado izquierdo, pegada a la ventana*— me dijo.

Le miré sin comprender.

—*Tú hazme caso, ve allí* — me hizo un gesto con la cabeza.

Me giré, comprobando que seguíamos solos. Salió de la barra para indicarme con la mano el camino. Me acerqué a la mesa indicada y me senté donde me había dicho mientras veía como se alejaba hacia la barra. Me sentía parte de una broma estúpida. Dejé el vaso con el refresco sobre el tablero blanco frente a mí. Entonces lo vi escrito, grabado con la punta de un compás en la mesa, bajo mi vaso. Tuve que hacer muchos esfuerzos para leerlo bien pues apenas se veía.

*Hola, bienvenido o bienvenida, quédate.*

*Y aguanta.*

*Nada será como habías imaginado,  
como te habían dicho, como querías.*

*Tú vales*

*¿Tú quieres?  
Tú puedes.  
Esto será una carrera de fondo.  
Llorarás lágrimas de tinta,  
y el insomnio estará acompañado de madera y  
pegamento.  
Dejarás todo a un lado.  
Pero merecerá la pena.  
No estás solo, o sola.  
Yo lo logré.  
Todos nosotros lo hicimos.  
Te espero aquí al terminar.*

Debajo del mensaje, había decenas de fechas y nombres grabados también con la punta del compás. Levanté la cabeza para buscar al camarero. Me había dejado sola.

“*Me quedo*”, le escribí en una servilleta, que dejé junto a una moneda y mi vaso vacío.

Y me matriculé.

Y mi nombre lo grabé el día que fui a recoger el título.

Así fue.

## Hoy no habrá clase (\*)

DOLORES GÓMEZ DE SEGURA HERNÁNDEZ

Como cada mañana, acudo a la universidad caminando en silencio, pero hoy intento por todos los medios dejar la mente en blanco. Escucho a través de mis auriculares a Freddy preguntándose quién quiere vivir para siempre. Tarareo el estribillo y me pregunto si yo quiero hacerlo. ¿De verdad me gustaría vivir para siempre? Despreocupado, observo mis manos y limpio un rastro de sangre que aún queda bajo una de mis uñas. Después, vuelvo a concentrarme en la canción y sigo caminando. Hoy tengo clase de Estadística a primera hora, pero no hay prisa, sé que no llegaré tarde a una clase que nadie va a impartir, porque ella, mi profesora, no se va a presentar.

Cuando es evidente que la clase se va a suspender y todo el mundo se extraña y se pregunta qué le habrá ocurrido a Marta, soy el primero que se muestra sorprendido, como si no supiera que está muerta.

\*\*\*\*\*

La conocí en una de las salas de informática de la universidad, donde la confundí con una alumna más. Yo estaba en el último curso, era nuevo en la ciudad y aún no conocía a nadie, cosa que no me preocupaba porque nunca me ha interesado demasiado relacionarme con la gente. Enseguida me llamó la atención. Toda una belleza frente al ordenador, con el pelo rubio y liso desbordándose sobre sus hombros hasta la cintura. Leía algo atentamente en la pantalla y después aporreaba el teclado, enfadada. Me sorprendió mirándola un par de veces hasta que, ante mi cara de espanto, se levantó y se dirigió hacia mí. Me encogí todo lo que pude en la silla, notando cómo el rubor hacía hervir mis mejillas y tratando de concentrarme en mi monitor.

—Hola. ¿Podrías echarme una mano? —me preguntó señalando su ordenador, con esa sonrisa encantadora suya que mucho después seguiría derritiéndome—. Creo que he perdido todo lo que estaba haciendo.

—Claro —balbucí, y automáticamente se activó el tic que me hace parpadear sin control. Ella se dio cuenta y, aunque no dijo nada, su sonrisa se desvaneció por unos segundos.

He sido un *crack* de la informática desde que tengo uso de razón y no me costó solucionar su problema, aunque debo confesar que me entretuve un poco más de la cuenta premeditadamente.

No estaba acostumbrado a que una chica como ella me hiciese caso y me gustaba esa sensación —Lo normal es que ni siquiera me vean, aunque pasen a mi lado. A veces me da la risa al pensar que debo poseer algún poder sobrenatural que me hace invisible y entonces se percatan de que estoy ahí y el susto que se llevan es tremendo, lo que me hace reír aún más y bueno... todas desaparecen en cuestión de segundos—. Ella no desapareció. Después de ayudarla, me propuso tomar algo en la cafetería y me pilló tan desprevenido que estuve a punto de decirle que no. Aún me pregunto qué es lo que ella vio en mí y por qué continuamos quedando después de aquel día. Marta resultó ser una chica encantadora, de la que, por supuesto, me enamoré perdidamente —o eso creo, porque nunca había sentido nada parecido por nadie—. El problema era que el sentimiento no era mutuo. Parecía disfrutar de mi compañía, incluso era ella la que me buscaba para charlar un rato, pero creo que sólo me veía como el amigo raro al que acudir cuando no tenía nada más divertido que hacer. Yo era consciente, pero no me importaba con tal de tenerla cerca.

Cierto día la noté alterada y, tras insistir e intentar sonsacarle qué era lo que le preocupaba, finalmente me confesó que, desde hacía unos meses, alguien le estaba haciendo la vida imposible. No tenía ni idea de quién podría ser, pero

el individuo en cuestión le enviaba mensajes –al principio eran obscenos y después amenazadores–, a través de las redes sociales. Incluso, había publicado fotografías suyas en anuncios en los que aparecía ofreciendo favores sexuales de manera gratuita.

–¡No lo soporto más! –dijo angustiada, sacudiendo la ceniza del cigarro con su mano temblorosa–, ayer encontré un papel debajo de mi puerta en el que explicaba cómo iba a matarme...

–Tranquilízate, seguramente se trate de una broma....

–¡No es ninguna broma! –exclamó alzando la voz más de lo normal. Inmediatamente se contuvo, consciente de que estaba llamando la atención de los pocos clientes que había en la terraza de la cafetería–. Esto va en serio. Lo he denunciado pero la policía no puede hacer nada, no saben de quién puede tratarse. Retiran los anuncios y los vuelve a poner en otras webs. Se está volviendo cada vez más agresivo y ahora además... sabe dónde vivo. Tengo miedo.

–No te preocupes, te ayudaré –Traté de consolarla colocando mi mano sobre la suya. Ella la retiró instintivamente y yo me sentí avergonzado–. Empieza por contármelo todo desde el principio...

A partir de ese momento, comencé a investigar por mi cuenta. Con las pocas pistas que ella

me pudo facilitar, logré acotar mis búsquedas hasta quedarme con un par de posibles sospechosos. Mientras tanto, el acoso continuaba. Entonces, empezó el segundo semestre y todo cambió. Ella pasó a ser mi profesora de Estadística y a tratarme como un alumno más. Yo me daba cuenta de que me esquivaba deliberadamente y, las pocas veces que volví a hablar a solas con ella, no quiso volver a tocar el tema del acoso. Ahora sé que probablemente había empezado a sospechar de mí. Su excusa era que no quería tener problemas en el trabajo y si se dirigía a mí en público, lo hacía de una forma tan fría que me helaba el corazón.

Ese debió de ser el problema, que mi corazón dejó de funcionar correctamente, porque empecé a hacer cosas que, ni aun viniendo de mí, podrían considerarse normales. Al principio la seguía cada día a escondidas hasta su casa —era una forma de asegurarme de que no le ocurriese nada—. Poco después eso ya no me bastaba, necesitaba más. Encontrar a su acosador se convirtió en mi obsesión y llegué incluso a colarme en su despacho y rebuscar en su bolso para cogerle las llaves y hacer una copia. Entré en su casa varias veces. Era como si una fuerza a la que no me podía resistir, me empujara a hacerlo. Una vez dentro, recorría lentamente cada estancia, acariciando los objetos que compartían con ella la vida cotidiana: el mueble de la entrada en el que

debía dejar sus cosas al llegar; las plantas que, por su aspecto, debía cuidar con mimo; su ropa pulcramente ordenada dentro de los armarios... Incluso, en una ocasión, llegué a recostarme en su cama. Tuve que masturbarme allí mismo al sentir el olor de su cuerpo desnudo tan cerca del mío. Era como una droga. Cada vez quería más y cuanto más me arriesgaba, más me enganchaba. Hasta que, no sabría decir cómo, una noche me encontré en su dormitorio contemplándola mientras dormía. La luz que entraba por la ventana me permitía ver perfectamente su bello rostro y adivinar el perfil de su cuerpo bajo las sábanas. Me moría de ganas por acariciarla, pero no la toqué. Me limité a observarla como quien mira un tesoro inaccesible, aunque le hice varias fotografías. Al manipular el móvil, la luz de la pantalla debió de despertarla y cuando me descubrió allí, comenzó a gritar y a golpearme, totalmente histérica.

No sé lo que ocurrió a continuación. Sólo recuerdo encontrarme cubierto de sangre en el suelo de su dormitorio y ver su cuerpo inerte tendido a mi lado. Me conmocionó tanto lo que vi, que vomité hasta que no quedó ni una gota de ácido en mi estómago. Cuando me recuperé, cogí su cuerpo y lo llevé a la bañera. No podía parar de llorar mientras la bañaba y, con sumo cuidado, le retiraba la sangre que comenzaba a secarse en su rostro. Incluso muerta estaba pre-

ciosa. No tenía que haber pasado así. Si no me hubiese precipitado, algún día ella me hubiese amado. Lavé su pelo y se lo sequé con ternura. Después de vestirla, la recosté sobre las sábanas recién cambiadas. Me volví para mirarla por última vez antes de salir. Parecía dormida y su rostro irradiaba paz... hasta me pareció que me sonreía.

\*\*\*\*\*

Hoy ha transcurrido como cualquier otro día, con la salvedad de que nos hemos saltado la clase de Estadística, pero nadie le ha dado la mayor importancia. Ya en casa, imprimo las fotografías del móvil –llevan toda la mañana quemándose en el bolsillo–. Las coloco con chinchetas sobre el corcho, junto a otras imágenes de ella y unas notas amenazadoras de mi puño y letra. Lo cierto es que no recuerdo haberlas escrito y cuando intento hacer memoria, vuelve a aparecer ese horrible dolor de cabeza que me obliga a agazaparme a oscuras en un rincón, mientras una voz me repite que es hora de volver a cambiar de ciudad.

*(\*) Relato finalista del XI Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria “Universidad de Córdoba”*



## **CATEGORÍA JUNIOR**



# El amor se llama Adri

DANIEL SILVA PEÑA

1<sup>er</sup> Premio

Necesitaba despejarme la cabeza. Aquellos exámenes iban a acabar conmigo. Decidí dar un paseo alrededor de la facultad y, cuando regresé a la biblioteca, la carta estaba sobre mis apuntes.

*“Soy Adri y mi mayor sueño es amarte.*

*Tú no conoces mi rostro pero yo sí conozco el tuyo. Moreno, ojos oscuros, una leve barba descuidada de esas llamadas “de tres días”... aunque yo creo que “de tres días” nada, tú hace semanas que no te afeitas; simplemente no te crece más. Eres alto y casi siempre vistes con ropa de colores vivos. Tus gestos son alegres, con una sonrisa de esas que no se estudian pero otorgan aprobados.*

*En mi grupo tenemos una broma con los chicos de la biblioteca: todos hemos escogido a uno y lo tenemos como un amor idílico y platónico. Tú eres el mío. En los descansos, jugamos a adivinar vuestra personalidad de las formas más*

*fantásticas que se nos ocurren. Según Claudio tú eres jugador de ping-pong del equipo olímpico y estás en la uni por una de esas becas a los deportistas de élite. Alba dice que no has hecho deporte en tu vida y tu hobby es la fotografía, de hecho eres semiprofesional y has viajado por medio mundo con tu cámara. Ambos coinciden en que te gustan Queen y Extremoduro. Tampoco es que se hayan arriesgado mucho con eso... Yo siempre digo lo mismo cuando hablamos de ti, exagerando, entre risas y con un suspirito de broma: "Es imposible adivinarle, eso es lo que le hace mágico."*

*Te escribo esta carta para contarte que la broma se me ha ido de las manos y te has convertido en una obsesión. Siempre que vengo camino de la biblioteca me pongo de los nervios, esperando encontrarte sentado bajo la luz de algún flexo. Si cuando llego tú aún no estás, soy incapaz de estudiar. Pienso que quizá no volvamos a estar cerca y fantaseo con que cuando te vea entrar me levantaré y te besaré en los labios laaaaargamente. Todas las noches me acuesto coloreando tu imagen en mi mente, dándole vueltas a tu silueta, preguntándome tonterías del tipo: ¿se habrá fijado él en mí? ¿Sentirá lo mismo al verme?*

*No podía aguantar más esta situación. Así que se me ha ocurrido proponerte un juego muy sencillo: encuéntrame.*

*No sé qué habitante de la biblio piensas ahora mismo que soy, si el chaval con el pelo despeinado al que siempre le suena el móvil, la rubia pechugona maquillada hasta las cejas o la chica tímida de gafas que suele sentarse en una esquina. No voy a hacerte ninguna señal, ni siquiera te voy a decir si soy Adrián o Adriana. No habrá pistas; creo en el amor. Creo que si somos almas gemelas me encontrarás.*

*P.D.: No te molestes en hablarme de esta carta. Jamás te reconoceré que soy yo quien la escribí.*

*¡Hasta ahora! ;)*”

Cuando terminé de leer, el corazón me latía a ritmo de “*Necesito droga y amor*” (sí, me gustaba Extremoduro, quizá no era una persona tan difícil de adivinar). Levanté la mirada, nervioso, esperando descubrir a alguien observando atentamente cada uno de mis gestos, pero no sirvió de nada. Aparentemente nadie me encontraba más interesante que sus apuntes. Enseguida desconfié, pensando que alguno de mis amigos me la estaba jugando, pero como yo siempre iba a estudiar solo y no conocía a nadie allí, concluí que aquello podía ser verdad. Me puse a examinar uno a uno a todos los estudiantes. Uno de ellos era el autor de la carta, y recuerdo que me reí pensando que aquello era igual que el juego de polis y cacos: tenía que jugármela y desenmascarar al asesino, solo que esta vez el juego no

iba de matar sino de amar. Más divertido. Mis ojos volaban intrigados por la sala y cuando detectaba algo que me atraía, ya fuera una sonrisa alegre, una mochila con chapas de rock, un gesto gracioso o un rostro bello, me paraba a averiguar si esa persona podría estar enamorada de mí. Si esa persona podría llamarse Adri.

Entonces la vi. Había recogido su cabello castaño con un moño atravesado por dos lápices. Su nariz era diminuta y desde lejos me pareció que llevaba aparato en los dientes. Vestía una sudadera deportiva verde y, con un gesto que me parecía entrañable, sus ojos azules y despiertos repasaban el esquema que dibujaba con su bolígrafo en el aire, sobre una pizarra invisible.

Era la chica más hermosa de la Tierra.

Respiré hondo, guardé la carta en mi mochila, junté todo el valor que encontré y me dirigí hacia ella. Recorrí la distancia que nos separaba pensando que aquello era una locura... y, dado que en aquella época me encantaban las locuras, eso me dio aún más fuerzas.

— ¿Adri?

Estaba absorta repasando y mi susurro la sobresaltó un poco. Se quedó unos segundos mirándome. Parecía dudar. Finalmente respondió, también en voz baja, con una sonrisa resplandeciente.

— ¿Eso es todo lo que me vas a decir?

Tragué saliva.

– ¿Te apetece hacer un descanso? Si quieres, te invito a algo en la cafetería.

Me miró sorprendida y divertida. Después giró su rostro hacia sus apuntes. De un manotazo cerró su carpeta, forrada con pegatinas de la serie “Friends”.

– Sí, la verdad es que eso suena más divertido que el Derecho Romano.

En aquella merienda nos dimos los números y comenzamos a quedar todos los días para ir a estudiar juntos. Aunque aguantó la mentira durante varias semanas, finalmente tuvo que reconocerme que su nombre no era Adriana, sino Marta. Me dijo que solo quería seguirme el juego, que le pareció graciosa la forma de entrarle que había tenido y que de primeras pensó que yo era un chico agradable. Entonces le hablé por primera vez de la carta y me juró que no sabía de qué le estaba hablando. Al día siguiente se la enseñé, se partió de risa y se hizo la celosa. Parecía tan sincera... Fue la primera vez en que comencé a creerla cuando me juraba que no tenía ni idea de la existencia de aquella declaración. Es cierto que su letra no se parecía en nada a la de la carta, pero también podría haberle pedido a cualquiera que la escribiera...

Seguí llamándola Adri. A ella también le gustaba que la llamara así.

Nunca reconoció haber escrito aquellas palabras. Se lo pregunté mil veces: de novios en

la universidad, el día de nuestra boda, cuando nuestra hija se graduó... Incluso pocos días antes de su muerte. Y mil veces me lo negó, con una sonrisa dulce que yo no sabía interpretar.

Jamás he sabido la verdad, quién escribió aquellas palabras que marcaron mi vida. Quizá aquel día en la Biblioteca de la Facultad de Psicología, mientras hablaba con Marta, Adri me miraba de reojo, triste, con su mágico e inocente corazón hecho añicos. O tal vez, simplemente, Marta era Adri con otro nombre.

## Pupitres de pavimento

GIANINNI ANTONIO MASTRANGIOLI SALAZAR

### Accésit

“Yo no sé, ni quiero/ de las razones/  
que dan derecho a matar/  
pero deben serlo/  
porque el que muere/  
no vive más... no vive más”.

### Mecano.

Sé que ya han pasado varias horas porque necesito ir al baño. O bueno, así creo. Me llamo Javier Cedeño, cursante de Ciencias Pedagógicas de la UCV, preso desde las protestas de la plaza Venezuela, 2017. Desde que se enteraron de que yo era líder político en mi facultad, me metieron aquí, robándome la vida universitaria. Y a ti, ¿por qué te agarraron? Sí, me llamo Javier Cedeño, o bueno, así creo. Javier. Cedeño. Me lo repito para tenerlo presente, para saber que todavía, como las idas al baño y las horas, mi vida sigue caminando. No, no llores. Si lloras, los guardias te escucharán. No le sueltes nada a los guardias; harán de todo para distraerte. Acosarte. Ellos nos odian a nosotros. Ellos odian a las universidades. Lo que ellos desconocen es que nosotros somos estudiantes, y que ser estudiante, ser ucevista, en este país, es luchar contra lo

inadmisible. Por cierto, si te dan ganas de mear o cagar, solo presiona el timbre que está detrás de los barrotos para que te lleven. Y ojalá te traigan.

¿Cómo me dijiste que te llamabas?

\*\*\*\*\*

Ayer me mandaron un tuit con la foto de un profesor que sujeta unos zapatos negros. José Ibarra, catedrático de la escuela de Trabajo Social, Universidad Central de Venezuela (UCV), aparece apretando la textura del calzado. Evidencia las huellas del desgaste. Cuando llueve, el agua se le escabulle por las suelas fisuradas, ensuciándole los pies, el alma. Cuando hace sol, a José le salen ampollas por el contacto de los dedos con el pavimento caliente. Al sentarse en el escritorio, siente dolor en los talones a causa de los kilómetros recorridos. No obstante, el dolor, para José, es el sinsentido que le da sentido a sus caminatas diarias; es, con cada pisada, el valor retributivo de los sacrificios aceptados. Posteó la imagen en Twitter ya que no le da pena admitirlo: sus ampollas, sus suelas rotas y su alma sucia son pruebas de que la disciplina de enseñar, en Venezuela, no se pierde pese a los salarios de arena.

La foto la subió a la red social justo antes de que su teléfono se quedase sin batería. Después, inició a escribir en la pizarra acrílica y se olvidó por completo del asunto. Si bien su vocación

docente, la que le sirve para expresarse, existir y seguir, es, al mismo tiempo, obstáculo para emigrar, él es fiel a su rutina. José desea poder limpiarse los pies en Venezuela, no en otra parte.

\*\*\*\*\*

Javier, ¿me oyes? Sí, a mí me falta un año para graduarme; claro, si me sacan de aquí. A veces me pregunto qué hare al salir de la UCV, ¿sabes? Allí he actuado, cantado, fumado, dormido, fornicado, bebido. Allí conocí al país, Javi, a la política, ¿sí me oyes? Ser parte de la UCV es mirar al país y habitarlo, y desde ahí entender las problemáticas que le competen. No sé si a ti te ha ocurrido, Javi, pero yo, en mi bolso de clases, tengo tapabocas, trapos y vinagre para resguardarme de las bombas lacrimógenas cuando entro al campus. Una chama una vez dijo que ser estudiante de educación superior, en Venezuela, era como practicar deportes de alto riesgo. El salón se cagó en burlas. Se meó. Yo no le quité la razón, ni que fuera pendejo, pero sí le respondí que también era como ser padres, o así creo. ¿No opinas igual? Ese instinto de protección, esa angustia. Basta que amedrenten al país para que saltemos como la mamá cuando se le cae el hijo. Javier, apúrate. Javier, presiona el timbre.

¿Me oyes?

\*\*\*\*\*

Desde el 2002 en adelante, alumnos, profesores y empleados de las principales casas de estudio venezolanas han sido protagonistas de las acciones contra el gobierno de Hugo Chávez y Nicolás Maduro. Sin embargo, este 2018, las detenciones arbitrarias, enjuiciamientos y ataques políticos obedecen a una persecución académica ejecutada por funcionarios del Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional (SEBIN), con sede en el complejo policial El Helicoide, Caracas. Olor a pólvora, a sudor. Cadáveres que no se encuentran, jóvenes que aún se enfilan. Sí. Ser docente universitario, en este país, es educar a contrapelo de las balas que perforan paredes. Sí. Ser estudiante universitario, en este país, es calentar el pupitre y la calle, como espectadores de escenarios escondidos que reclaman supervivencia.

\*\*\*\*\*

La foto de José fue retuiteada unas diez mil veces. No se lo esperó. Gracias a las donaciones que ha recibido, fundó el movimiento “Zapatos de la dignidad” para auxiliar a colegas en situación de pobreza. La gente le aconseja que tenga cuidado con lo que declara ante los medios, pero él no siente miedo. Su labor pretende fundar precedentes, y aunque extraña la vida universitaria de épocas anteriores, continuar con las clases

hace que sus aspiraciones personales no flaqueen. Cada vez que sus estudiantes asisten sin siquiera haber desayunado, que debaten sobre democracia y derechos humanos, él los observa y no los interrumpe. Se esfuerza para que esas imágenes se le queden grabadas en la mente; a fin de cuentas, son esas imágenes las que están escribiendo historia en estos momentos.

José no botó los zapatos rotos; al contrario, los guardó en una caja debajo de su cama. “La crisis ha sacado lo mejor de nosotros los venezolanos”, dice para sus adentros cuando se los tropieza de nuevo. Lo sé porque lo hemos conversado; sus ampollas son también las mías.

\*\*\*\*\*

A Javier lo tienen colgado del techo de su celda como si fuese un abrigo puesto en un perchero. El guardia lo sujetó con unas esposas de acero inoxidable para no dejarle marcas de corrosión en las muñecas. A Javier se le denotan las costillas; la piel erizada por el frío de aire acondicionado. El guardia se ríe a carcajadas porque Javier no para de hablar consigo mismo, y entonces le escupe en un pómulo. El timbre, Javi, Javi. El timbre.

Javier necesita ir al baño, pero resiste. Javier necesita llorar, pero resiste. El guardia se sentó a comer una arepa con mantequilla y queso y a beber una jarra de jugo de guayaba. Mastica

con la boca abierta al frente de la celda de quien será, probablemente, décadas más tarde, un político de relevancia nacional. Eructos. Muecas. Si me lo preguntan, las torturas, para mí, solo alebrestan el coraje. Lo sé porque me sucedió; lo sé porque, después de aquella experiencia, mi vida sigue siendo tanto universidad como calle.

O bueno, así creo.

## El café de los ilustres

MARC CERRUDO BOADA

Tras una noche en blanco, a Adelaida aquel café le supo a resurrección. Se lo había servido la señora Petra, sonriente como siempre. Eran las ocho y media de la mañana pero el bar de la facultad ya era un hervidero de estudiantes y profesores. Todos lucían caras largas y somnolientas. Anhelaban volver a cubrirse con las sábanas y dejar que los cojines besaran sus mejillas hasta sumirlos en el más dulce de los sueños. Lo único que les reconfortaba era el café de la señora Petra y sus palabras de ánimo al servirlo. Sola, en un rincón del bar, Adelaida seguía dando vueltas a las dudas que la habían mantenido en vela toda la noche.

Aquel trabajo le estaba costando más que ningún otro en el año y medio que llevaba en la facultad. A decir verdad, y eso es lo que más le fastidiaba, era un trabajo que no debía comportar demasiadas complicaciones. Ella

y sus compañeros debían buscar información sobre alguno de los ilustres alumnos que habían pertenecido a la misma facultad donde ellos ahora estudiaban. Luego, frente a la clase, debían hacer una breve exposición oral sobre el porqué de aquella elección, cómo había destacado profesionalmente y qué influencia había tenido en su carrera laboral su paso por la facultad. Había muchos nombres donde elegir. Demasiados.

Políticos en el Congreso de los Diputados, periodistas presentando telediarios, escritoras en lo más alto de la lista de ventas, publicistas en las mejores agencias del país, historiadores del arte organizando exposiciones por todo el mundo, filólogos en la Real Academia de la Lengua Española, arqueólogos descubriendo civilizaciones antiguas en los desiertos de Próximo Oriente. La lista era interminable, había decenas de respuestas posibles. Eso era precisamente lo que traía de cabeza a Adelaida. Todos esos nombres revoloteaban en sus pensamientos como ingravidas mariposas. Fruto de su indecisión, Adelaida se había preparado a lo largo de las dos últimas semanas hasta diez presentaciones distintas para explicar en el aula. Pensaba que la noche anterior al día de la exposición sería capaz de decantarse por una de ellas. No había sido así y ahora, a media hora de que empezara la clase donde debía llevar a

cabo la presentación, se encontraba en el bar de la facultad aún dando vueltas a cuál sería la decisión más acertada. Entre sus manos, la taza ya vacía del café de la señora Petra.

Todas aquellas personas eran importantes y bajo el punto de vista de Adelaida ninguna merecía un reconocimiento por encima de las otras. Elegir a una sería posicionarse, creía Adelaida, y no quería hacerlo. Había intentado dirimir si objetivamente alguno de esos personajes, pretéritos alumnos de la facultad, tenía mayor relevancia que los demás. No, no era así. Todos habían aportado mucho a sus campos profesionales y no era justo jerarquizar. Las manos de Adelaida se apartaron de la taza de café y su cara se hundió en ellas. Su cerebro había sufrido uno de esos famosos colapsos universitarios donde un grano de arena se convierte en la cordillera de los Himalayas. Necesitaba otro café.

Adelaida se levantó, con los apuntes entre las manos, y se dirigió a la barra del bar. La señora Petra la esperaba ya con una sonrisa dibujada en los labios.

—Otro café, ¿verdad, cariño? —le preguntó la señora Petra.

—Por favor, lo necesito más que a mi vida —respondió Adelaida.

La señora Petra rio ante la ocurrencia de Adelaida, que envidió la perenne jovialidad de aquella mujer. Mientras la señora Petra preparaba

el café, Adelaida puso sobre la barra los apuntes y repasó al azar una de las diez exposiciones que se había preparado. Era la de una presentadora de informativos en una cadena nacional que había estudiado Periodismo en aquella misma facultad veinte años atrás. Cuando el café estuvo listo, la señora Petra se lo llevó a Adelaida. Al servirlo, no pudo evitar echar una ojeada a sus apuntes.

—Es la chica del telediario, ¿verdad? —le pregunto a Adelaida, que asintió—. Me acuerdo de ella. También tomaba café aquí cada mañana y también la había visto muchas veces con la cara que tú traes hoy. Cara de fin del mundo.

Esta vez quien rio fue Adelaida. Cogió de entre los apuntes otro de los alumnos emblemáticos de la facultad. Este era mayor, hacía treinta años que había estudiado allí. En la actualidad, tenía un escaño con su nombre en el Congreso de los Diputados.

—Y a este, ¿lo conoces? —le preguntó curiosa Adelaida a la señora Petra.

—Por supuesto. Era un pieza. Pasaba más tiempo aquí en el bar que en clase —respondió la señora Petra. Rieron al unísono. Adelaida fue mostrándole a la señora Petra el resto de ilustres nombres de sus apuntes. Los conocía a todos. De todos tenía historias que contar.

—Sé que es una pregunta indiscreta, ¿pero cuántos años hace que trabajas en esta facultad? —le preguntó finalmente Adelaida.

–Uy, niña. Cuando yo empecé a trabajar aquí, Matusalén aún tenía acné.

Más risas. Aquellos minutos de charla habían servido para despejar la cabeza de Adelaida; sus sienes ya no le resultaban pesadas como transatlánticos. Sin embargo, entre tanta cháchara el café se había quedado frío. Al darse cuenta, la señora Petra se disculpó y dijo que le prepararía uno nuevo para que así Adelaida se lo pudiera tomar caliente. Pero cuando las manos huesudas y recias de la señora Petra se disponían a retirar el café, un fogonazo en la mente de Adelaida le reveló la solución a todas sus dudas.

–No, espera –dijo Adelaida mientras cogía la taza de café que la señora Petra se quería llevar–. No me lo voy a beber, pero lo voy a usar para un trabajo de clase.

La señora Petra hizo una mueca de extrañeza ante las palabras de Adelaida. Entonces Adelaida pensó en decirle todo lo que se le había ocurrido. Que todos esos antiguos alumnos y alumnas de la facultad tenían un punto en común aparte de la propia facultad, y este no era otro que el café de la señora Petra. Que durante su época de estudiantes, todos habían tenido días donde el mundo se les venía encima como a ella misma le había pasado aquella mañana, pero que siempre podían contar con el café de la señora Petra y sus sonrisas para levantarles el ánimo. Que en parte, el éxito de todos esos periodistas, políticos,

escritoras, publicistas, historiadores del arte, arqueólogos y filólogos se había gestado en el elixir que les servía la señora Petra a diario y en su afabilidad. Adelaida pensó en decirle todo eso, pero solo atinó a decir cinco palabras que confundieron aún más a la señora Petra.

—Es que te lo mereces.

Feliz, Adelaida cogió el café y salió disparada hacia clase, olvidando los apuntes en la barra del bar. Tenía que hacer una presentación oral sobre la señora Petra, la persona más ilustre de una facultad de ilustres.

La señora Petra se encogió de hombros al verla marchar. Inmediatamente, esbozó una nueva sonrisa y se dispuso a preparar un café para el siguiente estudiante de la cola.

## Fragmentado

MIGUEL MONTEAGUDO HONRUBIA

Me registré en Facebook días antes de empezar la universidad, de dejar la casa de mis padres y mudarme a una nueva ciudad. Ahora, un grado y un master después, todo ese tiempo se resume en una cantidad casi incontable de imágenes que forman mi perfil. Para alguien que no me conozca solo existo como la combinación de esos trozos del collage. Así que a veces, cuando no estoy muy seguro de como he acabado aquí, vuelvo a mirar esas fotos en una imaginaria marcha atrás. Fiesta en la piscina. Cena de gala. Graduación. Playa y camisas hawaianas. Descansando en la sala del café. En un bar jugando al parchís. Cena de cumpleaños. Saliendo de un examen. En un concierto. Biblioteca. Cubatas en un bar. Apuntes, fosforitos y un flexo. Viaje a la Warner. Después de presentar la tesis. Foto de clase viendo Eurovisión. Biblioteca. Con la bata del laboratorio. Partido de fútbol con los amigos. Festivales.

Repasando en la puerta de clase. En una terraza tomando el sol. Biblioteca. Hay mil fragmentos iguales, y muchos otros de los que no ha quedado nada como prueba.

¿Elegí las fotos correctas?

Tengo miedo de mirar dentro de unos años esas caras y no reconocerlas. De recordar la vida que esperaba cuando brillaba el flash y solo encontrar expectativas incumplidas. No hay tiempo para más, tengo que abandonar la universidad y elegir otro núcleo en el que hacer girar mi vida. Y mientras, sigue creciendo la sensación de que no he aprendido nada, de que tantos exámenes y tantas tardes estudiando han sido inútiles, y que de cualquier modo ahora estaría buscando un trabajo, un oficio, una profesión...

¿A dónde voy a ir? ¿Qué voy hacer?

Me da pena sentir que mi paso por la universidad ha sido una pérdida de tiempo. Que solo he conseguido los destellos de una pantalla digital, doscientos ochenta y dos amigos que apenas conozco, y decenas de conversaciones que no me atrevo a releer.

Pero si no ha merecido la pena...

¿Por qué cuando miro esos fragmentos quiero volver a unirlos?

## ¿Cómo funciona el corazón?

SARA VICENTE ALONSO

¿Cómo funciona el corazón? Balanceó el bolígrafo entre los dedos. ¿Cómo funciona el corazón humano? Se humedeció los labios. La lengua de María había pasado por allí anoche. “Concéntrate –dijo el examen–, ¿cómo funciona el corazón?” “Sí, sí, ya te he oído”. Tenía una revolución en el pecho. Lo sabía todo sobre sístoles y diástoles, sobre aortas y carótidas; pero se resistía a escribirlo. “¿Cómo funciona el corazón?, ¿cómo late? –insistieron las letras sobre el papel– Describe el proceso completo”. Comenzó a escribir de pronto.

“El músculo cardíaco es miogénico. El nódulo seno–auricular produce entre 60 y 80 pulsaciones por segundo. Los canales lentos se abren a  $-58$  mV y entonces...” Paró. No le quedó más remedio, pues tenía los pulmones llenos de flores. Golpeteó el suelo del aula Magna con los talones de todos los caminos que empezaba a re-

correr, de todo lo que había bailado la noche del jueves. Se llevó una mano a la garganta: la tenía caliente de escupir utopías.

“¡El corazón! –clamó el examen– ¡Se acaba el tiempo, el corazón!” El bolígrafo tembló sobre el papel, lleno de dudas. “..., los canales están abiertos, los iones  $\text{Na}^+$  y  $\text{Ca}^+$  los traspasan, comienza la despolarización... –pero, ¿es así? –, se abren los canales rápidos, el  $\text{K}^+$  sale, la membrana se repolariza – ¿seguro que es así?–, en 0,04 s el músculo cardíaco se contrae, agarro a María por la cintura y la beso”. “¡No!”, la regañó el examen. Típex. “..., la aurícula se contrae, la sangre fluye, en 0,12 s el ventrículo se contrae y espanta a cien mil mariposas, que se van revoloteando hasta el estómago”. “¡No, no!” Típex. “..., la..., la sangre fluye..., la sangre..., María...”

– Dos minutos –anunció el profesor.

“¡Se te acaba el tiempo! –se escandalizó el examen– ¿No aspirabas a conocer la vida? ¿No venías a vaciarte de incertidumbres y a hartarte de sabiduría? Escríbeme, sé que sabes, ¿cómo late el corazón? Lléname de verdades”.

Respiró hasta oxigenarse el alma. “Sí –decidió–. Sí que sé”. Agarró el bolígrafo como si fuera un arma blanca y comenzó a escribir sin resuello.

“Las fibras automáticas generan el potencial de acción, la aurícula se contrae, la sangre fluye a través de la válvula mitral, corro por el campus

cuando amanece y así me late el corazón. Se oye el cuarto ruido cardíaco, el ventrículo se despolariza, el músculo se contrae, me encuentro con otras diez mentes inquietas, hablamos del universo y así me late el corazón. Me visto con ella de arco iris. Grito, ¡viva el amor!, la sangre sale del ventrículo y así me late el corazón.

Tras la sístole llega la relajación isométrica, la válvula aórtica se cierra, Erasmus me transporta a otros mundos, me inyecta la lengua con historias y así me late el corazón. El retorno venoso trae la sangre, ¡pero es la biblioteca la que me llena la aurícula! Entro de noche y me voy en la mañana, respiro sus libros, la llamo casa y así me late el corazón. Se me sale la electricidad del cerebro. Cuando la clase es reveladora, cuando leo y pienso, ¡ay, mundo, que te entiendo!, ¡que podría salir a ti y comerte como me como su boca!

Su boca. Su boca llegó y dijo que estaba bien quererse y revivió a otra boca que había muerto de miedo. Me enseñó la galaxia donde yo puedo ser y ella puede ser junto a mí. Ella me abraza. María me abraza y hace que la sangre fluya, alimenta mi cuerpo, acaricia mi espíritu y así me late el corazón”.

— Claudia —el profesor, el doctor en Fisiología Humana, estaba a su lado—, ¿otro 10?

Ella dejó de escribir y le tendió el papel con una sonrisa que bien podría haber recorrido el universo.

– Eso espero– dijo.

Él rio, tomó el papel de las verdades y se alejó satisfecho.

Claudia sintió los brazos de María rodeando su cintura. Su pelo rizado le rozó los hombros cuando se aproximó para susurrarle al oído.

– Me muero de hambre.

Entrelazaron los dedos.

–Tú siempre te mueres de hambre.

Se abrazaron fuerte.

–¡De eso nada! A veces es de sueño.

Rieron, se besaron.

–¡María! ¡Claudia! –las llamaron desde la puerta– ¿Pizza?

María asintió con vehemencia, tomó la mano de su amante y corrió hacia su grupo de amigos. Claudia dejó que se llevara aquella mano y con la otra se frotó la espalda para aliviar las dos heridas que le escocían de placer: sus alas que por fin nacían; sus alas, que la llevaban con su gente, con su amor, a compartir una pizza con piña y a vivir una vida sin miedo.

## El alumno nuevo

ÍÑIGO ORTIZ PADILLA

Frente a mi facultad hay un jardín donde los estudiantes se reúnen para almorzar. Junto al jardín, unos bancos de piedra delimitan el camino que conduce a mi clase.

Hace algún tiempo, camino de la primera lección de la mañana, observé que un joven de mi edad se sentaba en uno de los bancos. No era la primera vez que lo veía. El joven estaba pensativo, aunque, cuando pasé a su lado, me miró. Pero no digo bien; no me miraba... me escrutaba. Incómoda ante su gesto desvergonzado, aceleré mis pasos y entré en la facultad.

Me senté al lado de Inés. Nos conocíamos desde los años del instituto y, cuando nos reencontramos en la universidad, nuestra relación se estrechó hasta hacernos buenas amigas. Marta y Juan, sentados delante, se dieron la vuelta para hablar con nosotras.

—¿Sabéis quién es este chico rubio que está siempre en los bancos? — pregunté.

—No sé cómo se llama— contestó Marta—, pero creo que está en nuestro curso. Siempre está sentado y no habla con nadie.

—Yo nunca lo he visto en clase— intervino Inés—. Es un tío muy raro.

—¿Qué pasa, Lucía? ¿Quieres que te lo presente?

Juan intentaba ser gracioso cada vez que hablaba, pero casi nunca lo conseguía. En aquella ocasión, sus palabras me resultaron ofensivas. Inés, que debió de presenciar cómo mi cara se ponía roja, cambió el tema de la conversación.

—¿Habéis visto a David?

—Hoy no ha venido— respondió Marta—. Está de viaje, creo.

—Seguro que se ha ido con su compañero de piso. Se les veía muy unidos —dijo Juan juntando los dedos índices de ambas manos.

Pasados unos minutos, entró en clase un profesor al que no conocíamos. Anunció a los alumnos allí presentes que la profesora se había ausentado y que, por tanto, no habría clase de la asignatura que debía impartirnos.

El profesor de la última asignatura de la mañana tampoco acudió. Mis amigos se marcharon a comer al centro, pero yo me quedé en la biblioteca para estudiar. Mi prioridad eran los estudios; por aquellos días, notaba una in-

usual facilidad para concentrarme y quería sacarle partido.

Terminada la tarea que me había propuesto, salí de la facultad y me senté en unas escaleras que dan al jardín para ordenar mi mochila. El chico raro seguía sentado en el mismo banco; en cuanto reparó en mi presencia, se levantó y vino hacia mí.

—Buenas tardes.

Observé que sus ojos eran de un azul muy claro. No era guapo, pero tenía el rostro afilado y los pómulos altos, lo que le confería una apariencia un tanto misteriosa, casi inquietante.

—Hola.

—Si no me equivoco, te llamas Lucía. Tengo entendido que eres buena estudiante.

No dije nada; quería ser actriz y a la vez espectadora de lo que me sucedía.

—Por si no lo sabes, estamos en el mismo curso. Verás... hay una cosa de una asignatura que no logro entender. No sé, a lo mejor puedes ayudarme.

Me ofrecí cortésmente a hacerlo.

La conversación se desvió enseguida hacia otros asuntos. El joven se llamaba Jean. Su padre era alemán y su madre, francesa. Esta circunstancia familiar me pareció sumamente interesante, ya que mis padres nacieron en el mismo pueblo. Después de hablar con él concluí que Jean era, desde luego, una persona singular, pero no me cayó antipático.

Mi amiga Inés y yo nos sentábamos siempre juntas. Desde nuestro sitio veíamos todo: cada día que pasaba, el número de alumnos en clase disminuía. Juan y Marta dejaron de venir. Intentamos localizarlos, pero nadie conocía su paradero y cuando les llamábamos al móvil no contestaban.

Una tarde después de clase, me ocurrió algo turbador. En el portal de un edificio encontré, acurrucado entre cartones y vestido con harapos, a mi amigo David, a quien no había visto desde que se marchara de viaje.

–¿Qué haces aquí? – le pregunté.

–Dios mío, Lucía... no me mires. Vete de aquí. Es peligroso que te vean conmigo.

Insistí en hablar con él, pero me interrumpió.

–El chico rubio; es todo culpa suya. Me engañó–. David me miró, horrorizado–. No te acerques a él. ¿Me oyes? ¡No te acerques!

Dicho esto, salió corriendo de allí, olvidando lo que tenía entre los cartones.

Al cabo de unos días, mi amiga Inés desapareció sin dejar rastro.

A pesar de la angustia que me provocaron tantas ausencias inexplicables, acudía a clase sin faltar una sola vez. Mis notas eran sobresalientes y estudiar el temario de las asignaturas apenas me costaba esfuerzo; es más, aprovechaba el tiempo sobrante para profundizar en ámbitos de mi interés.

En cualquier caso, era desolador contemplar el aula casi vacía; sólo el profesor, un alumno de cincuenta años, Jean y yo rellenábamos ese vacío.

Hablaba con Jean en los descansos. Su conversación me parecía subyugante; mis intereses personales, mis aficiones y todos los libros que yo quería leer eran para Jean tan sólo una pequeña rama de su vasto conocimiento. Escuchándolo, yo deseaba poder expresarme con la misma solvencia y atesorar tantos saberes como él poseía.

Una tarde, de regreso a casa, di por casualidad con el portal donde había encontrado a David transformado en indigente. Los cartones que le servían de refugio habían desaparecido. Esperé a que un vecino apareciese para preguntarle; el vecino me dijo que aquélla era una comunidad decente y nunca había habido mendigo alguno.

Llegué entonces a una descorazonadora conclusión: las desapariciones estaban, de algún modo incierto, relacionadas con Jean. ¿En qué lugar me colocaba esta reflexión? ¿Por qué Jean se mostraba tan amigable conmigo? Debía preguntárselo para conocer la verdad sobre el asunto.

Me dirigí a mi casa, donde apenas pude dormir en toda la noche.

Cuando, a la mañana siguiente, llegué al campus de la universidad, quedé inmóvil ante el panorama. Si bien en los días precedentes pocas

eran las personas que transitaban por el campus, aquella mañana no había nadie: la universidad estaba vacía. Sólo una figura humana se divisaba: era Jean, que me esperaba sentado en un banco de piedra. Me acerqué a él.

—Buenos días, Lucía. Ha sido un placer hablar contigo estos últimos días. Lo has hecho muy bien.

—¿Qué he hecho bien? —pregunté—. ¿Qué ha pasado con mis amigos?

Jean se marchó sin responderme. Otra persona apareció a lo lejos; cuando se cruzó con Jean, intercambió con él unas palabras. Pensé que quizá debía temer por mi vida; sin embargo, estaba emocionada y expectante. La persona desconocida vino hacia mí. Era una mujer esbelta. Tenía el pelo blanco, pero no había en ella signo alguno de vejez.

—Hola, Lucía— dijo—. Me alegra conocerte al fin.

—Quiero hablar con Jean.

—Jean tiene que descansar de su labor. Volverás a verle y hablarás con él cuando sea el momento oportuno.

—¿Quién es usted?

—Soy tu profesora.

Callé unos segundos.

—¿Qué va a enseñarme?

La mujer sonrió.

—Todo. Absolutamente todo.

Entendí lo que me decía. Imaginé todas las facultades de la universidad; imaginé los pasillos vacíos y las aulas sin alumnos; imaginé las bibliotecas sin estudiantes y las estanterías repletas de libros. Sentí que todo aquello me pertenecía. Sentí que no tenía límites.



## Leer con luz ultravioleta

CARLOS ROBERTO CALDERÓN DEL CID

Durante los primeros años de mi carrera alimenté la fantasía de que un evento excepcional me ocurriría dentro de la Biblioteca Central de la USAC. Acaso porque, en mi ingenuidad, la consideré el ambiente propicio para la literatura y el encanto. Acudía diariamente, durante periodos libres o aulas aburridas. Varios fueron los compañeros de facultad que no comprendieron mis motivos; pensaban que los desdeñaba, evitando compartir con ellos fuera de las aulas. Perdí muchas amistades; hasta qué punto era un malentendido, una forma de agredir en la ausencia.

Subía la rampa de Recursos Educativos con solemnidad, como adentrándome al mar o al desierto. Saludaba a los guardias y ellos me correspondían con un movimiento de cabeza. Nunca nos supimos los nombres. En la entrada de la Biblioteca Central aguardaba un trabajador, quien recibía las pertenencias del usuario, colocán-

dolas en un estante y entregando un número de identificación. Cuatro personas se encargaban de ese puesto, en turnos aleatorios. El que mejor me caía era un muchacho alto y calvo que siempre se alegraba por mi visita y me preguntaba qué iba a prestar. Recuerdo que lo vi atravesar la Plaza de los Mártires con un bolsón diminuto que lo hacía ver gigantesco, perfilándose hacia la parada de buses. Era hijo de una bibliotecaria. Luego de dejar mis cosas, trayendo conmigo el cuaderno de anotaciones, me dirigía a la sección de literatura universal. Pocas veces presté un libro concerniente a mi carrera. Básicamente empleaba el tiempo libre en leer cuentos y novelas, sin contemplar movimientos, autores o épocas. Leía lo que me recomendaban o lo que hallaba. Fue un tiempo de leer contraportadas. Asimismo, entre un libro y otro, escribía relatos que hoy me avergüenzan. Acaso sea injusto hacia mi pasado, hacia lo que aprendí errando. Era una prosa sin estructura, repleta de barroquismos, casi ininteligible.

Del evento que escindiría mi vida, poseía dos expectativas. La más inmediata era conocer a una mujer lectora con la cual no me sentiría absurdo hablando de lo que mal leía. La soledad limitaba mi sentido común. Las interacciones, los encuentros, no se daban; las circunstancias no eran propicias. Me desesperé, parecía que todas las universitarias estuvieran procurando

encuentros en otros sitios y la Biblioteca fuera el escenario menos apto. Las pocas muchachas que llegaban iban a estudiar o dormían sobre libros de historia los desvelos de nuestra ciudad. Sin embargo, hubo una usuaria que dedicaba exclusivamente su tiempo a leer novelas. Nunca me aproximé, porque su lectura era utilitaria. A través de un libro esperaba. Luego de leer algunas páginas recibía una llamada que contestaba dulcemente, abandonando el recinto con una felicidad que yo no despertaría en ella.

La segunda expectativa, y mucho más plausible, era el hallazgo de un libro que fuera una revelación. La filosofía era un modo limpio y tramposo de hallar respuestas. En realidad, quería sufrir, emprender un viaje a tientas que sólo la literatura podía ofrecerme. Entonces, leía obstinadamente, forzándome incluso a terminar las novelas que me aburrían. La revelación nunca ocurrió; tal vez el volumen se encuentra en el quinto piso, reservado para especialistas. Ni siquiera me inquieta. Reconocí que entendía poco o nada de los libros que leía. Es decir, identificaba a los protagonistas y el discurrir de la trama, pero no comprendía el trasfondo vital, el pulso artístico.

Pese a estar consciente de mi incomprensión, aún me empecé durante mucho tiempo en engullir narraciones sin sorber la médula. Pensaba que era cuestión de práctica. Pero la literatura no

es intermediaria. Desafortunadamente lo comprendí en medio de la catástrofe; el evento que aguardé desde el principio. Hoy me percató que es una abominación verlo de ese modo, porque lo que para mí fue una pauta, para muchos fue la muerte y la destrucción. El terremoto del 2012, cuyo epicentro se situó a 35 kilómetros al sur de la playa de Champerico, ocurrió cuando me hallaba en la Biblioteca Central, a media página de un libro que pude haber rasgado. Tomé parte de la inercia de la estructura al sismo; presencié el ruido terrible de los ductos de ventilación y estanterías, la histeria de estudiantes y bibliotecarios. El instinto demandándome a correr hacia la salida, pero los músculos no reaccionaron. Me quedé solo en la Biblioteca, sin saber realmente qué hacer. El desamparo entre miles de libros. No soporté la sensación de que ese escenario pudiera ser el último. Escapé, olvidando mis cosas, con un pánico demorado que fue la burla de todos los que esperaban afuera una probable réplica. Esa mañana entendí que la vida sucedía afuera, y yo me perdía entre novelas y cuentos.

Me ausenté durante dos años; empecinándome en la disipación. Obsesivo en los libros y las fiestas. Repuse el tiempo, buscando lo que creí propio de mi juventud. Bebí acompañado y solo, aproximándome a la pesadilla familiar del alcoholismo. El exceso me condujo a mujeres inestables, a besos sin afecto, encantamientos

fugaces. Conocí gurús y personas condenadas a morir en un accidente vial o a amanecer sin zapatos en una calle infame de la ciudad. Poco a poco, mientras sufría relaciones enfermizas y resacas presagiándome problemas con el ácido úrico, fui percatándome que tenía otra sensibilidad hacia las cosas y situaciones. Lo descubrí una mañana que desperté adolorido y triste, y decidí tomar un libro para aguardar que el domingo acabase. Leí como si fuese otro lector o leyera con luz ultravioleta. Empecé a dilucidar mis lecturas, a percibir en mi propia piel el ímpetu de los autores que lograron conmoverme. Era necesario que malviviera, fustigado por la luminosidad de los placeres, para comulgar con algunos libros. Para leer al Bolo Flores tuve que conocer la violencia, especialmente la que acecha en nosotros hacia las personas que amamos; Bolaño: emprender un viaje sin dinero, procurando un hábitat o una historia, contemplando los kilómetros y paisajes con hambre y desvelo; Onetti: procurar la promiscuidad no como desfoque sexual como un modo de evadir la soledad, aunque cada caricia deje un sabor yermo; Vania Vargas: reconocer en objetos olvidados, en rasgos fortuitos, cualquier presagio de lo próxima que está nuestra cotidianeidad a la soledad más angustiada; Javier Payeras: recorrer calles o días con una libreta, llenarla de anotaciones, reflexiones y dibujos de las manchas sobre el asfalto;

Samanta Schweblin: entregarme a la locura de mi entorno con gracia, permitirle que sea el pan día, que permee en mí hasta justificarse.

Aún quedan escritores, poetas, ante los cuales no sé qué se precisa vivir para comprender su escritura.

Hoy termino este relato desde la Biblioteca Central de la USAC. Es mi guarida, el lugar donde siempre seré bienvenido. Me encanta su vocación pública y concurrida. Aquí conocí el pánico, las proporciones de una soledad que lee más y mejor. Alguna vez, entre las páginas de un libro, dejé una carta de amor que no quisieron recibirme. Desde la Plaza de los Mártires se escucha el bullicio de una fiesta, una actividad de la Huelga de Dolores. Me apresuro a terminar el relato para encaminarme hacia la parranda, hacia cervezas frías y compañías borrachas. Borges me habría despreciado.

## Nunca dejes de bailar

GABRIEL DARÍO CASTILLO SUESCÚN

Sentir, pensar, andar, de aquí para allá, disfrutar, bailar, respirar, suspirar, inspirar y empezar de nuevo. A mis 24 años de edad, soy una profe de baile clandestina, ¿por qué clandestina? Porque doy clases bajo un seudónimo, me hago llamar La Dama Pertinaz, y a escondidas de mi amado, admirado, a veces odiado, en ocasiones incomprendido, obstinado y déspota padre. Mi padre siempre ha sido un tipo duro de roer, un hombre conservador con un inexorable pensamiento retrógrado y a nadie, que esté contra o difiriera de sus ideas, otorga la razón. Discutir, debatir, pelear, alegar, ceder, llorar, entender y evitar repetir el ciclo.

Terminé el colegio a los 17 años de edad y me inscribí en la Universidad Departamental para estudiar Negocios Internacionales, siguiendo las directrices de mi padre, quien se negó a pagarme una carrera diferente a esa, y los pasos de mi

madre, una fructífera administradora de una empresa petrolera en el extranjero. Desde que tengo uso de razón, me ha gustado bailar. Soy algo inquieta y ansiosa. Desfogo mi energía inagotable haciendo pasos y dando giros. Moverme, sentirme, hacerme sentir, soltar, agarrar, dejar y nunca dar la espalda a mi sueño. Mi especialidad es el baile de salón, amo la salsa y el merengue, pero bailo casi de todo, hasta un himno de ser necesario.

Recuerdo que la primera vez que le dije a mi papá que quería ser bailarina y profesora de danza, montó en cólera.

– Deje de decir estupideces, Violeta. La vida no es una película de Disney –dijo, furioso–.

– Pero, pá...

– Pero nada, usted concéntrese en terminar el colegio y ojalá baje el rendimiento, porque ahí sí me conoce.

Cuando cursaba el noveno grado, me inscribí en el semillero de baile de salón del colegio. Le pedí al profesor guardar el secreto con su vida y él me juró, por su profesión, que de su boca no saldría una sola palabra. Tener vocación, le llaman. Enseñar, aprender, investigar, explorar y no parar de crecer. Ensayábamos tres veces a la semana al finalizar la jornada de clases. Yo nunca faltaba, prefería estar al borde del desmayo a causa de una virosis que faltar a los ensayos. Una tarde en la que el cielo detonaba

cargas eléctricas, descargaba abundante agua y relámpagos como flashes fotografiaban mi mala suerte, llegué a casa emparamada, estornudando y titiritando de frío. Don Alberto, mi padre, me esperaba en la sala portando una cara de revólver recién cargado y sin seguro, listo para disparar una borrasca de sermones; una Biblia moriría de ganas de tener tal cantidad de reprimendas impresas en sus testamentos. Intenté explicarle, mintiendo, obviamente, que me había quedado con unas amigas chismoseando afuera del colegio y, a la hora de despedirnos, nos pilló un aguacero. Realmente, había salido de un ensayo y no podía esperar a que escampara, dado que no podía llegar más tarde. Yo sabía que él no lo sabía, pero su instinto sobreprotector lo hizo enrojecer de ira.

– No me gusta que se quede dando lora por ahí. Del colegio se viene para la casa, ¿entendido? –dijo, furioso–.

– Sí, señor –respondí, vencida y cabizbaja–.

No tuve más excusas, así que no hubo más remedio que abandonar el semillero. No obstante, había aprendido lo suficiente para practicar y perfeccionar mi danza en casa. Cuando él se ausentaba por motivos de trabajo, ponía música a todo taco y hacía de la sala mi escenario, mientras mi abuela me observaba sonriente desde su silla de ruedas. Ella nunca intercedió por mí,

sabía que mi padre es intratable, pero siempre fue mi cómplice. Ser, dejar ser, vivir, convivir, compartir, sugerir, callar, limitarse a observar y existir para apoyarnos. Amaba a esa señora.

El día de la entrega final de notas del noveno grado, la chismosa del salón le contó a mi padre que yo estuve gran parte de ese año en un semi-llero. Don Alberto me fulminó con sus pupilas, su cara decía “en casa arreglamos, jovencita”. Cuando llegamos a casa, tiró la puerta, intenté correr pero me agarró con fuerza desmedida del brazo y me zampó una bofetada en toda la boca. Quedé estupefacta, del pasmo a causa de la reacción de mi padre no logré ni dejar escapar un sollozo. Me soltó, salí corriendo hacia mi habitación y me encerré, ahora sí, a llorar ríos de sinsabor. En la noche de ese mismo día, cuando me dirigía a la cocina a buscar algo de comer, pasé por la habitación de mi padre y escuché que lloraba. Él intentaba disimularlo con el volumen del televisor, pero yo identifiqué el sonido de su llanto.

Iba en séptimo semestre cuando mi abuela, a sus 89 años, empeoró y empezó a deteriorarse como si cada día pasaran dos años. Supo que estaba a días de conocer a la parca, así que, con excesivo esfuerzo y temblando sobremanera, escribió una nota. Me dijo que la buscara en el cofrecito de su cuarto el día que la despidiera. Ver a mi abuela así me inquietaba y me entristecía

enormemente. Mi única cómplice estaba siendo consumida por el tiempo y una decena de enfermedades diferentes. Dejar ir, soltar, morir un poco, morir un tiempo, retomar, reintentar y ver difuso el camino con dirección al futuro.

En el funeral de mi abuela, fue la primera vez que vi llorar a don Alberto, puesto que el día que me pegó en la cara, sólo lo escuché. Lloraba como una niña a la cual le quitaron su muñeca favorita. Inconsolable. No digo que yo estaba mejor. De hecho, no sé quién de los dos sufrió más la partida de la viejita. Volví a casa en el carro del servicio fúnebre, mi papá debió quedarse resolviendo los asuntos legales, no sé con qué cabeza lo hizo. Abrí la puerta y me dirigí, de ipso facto, al cuarto de mi abuela. Todavía olía a ella. Casi podía escucharla reír como cuando me veía armar mi espectáculo de baile en medio de la sala. Abrí el cofre puesto sobre su nochero y encontré la nota que escribió días antes. En letra algo ilegible logró escribir: “El hecho de que mis padres decidieran la totalidad de mi destino me atormentó toda la vida. Por favor, nunca dejes de bailar”. No recuerdo haber llorado tanto en mi vida como en aquel momento, después de haber leído esa nota. Desde entonces supe qué debía hacer.

Decidir, persistir, terquedad, necedad, tal vez torpeza, pero es mi vida, prestada, alquilada o lo que sea, soy yo quien la vivo. Soy yo quien

carga con mi pasado, quien da cara a mi presente y quien prepara mi futuro. Por eso, hoy en día, para no desperdiciar el tiempo invertido en la carrera y el dinero de mi padre, quien ahora padece de una salud quebrantada y lánguida, administro una empresa textil, pero también soy La Dama Pertinaz, una profe clandestina de baile. Por eso, al iniciar cada clase, escribo en el tablero la frase que dejó mi viejita en la nota y que resuena en mi memoria desde aquella tarde fúnebre. Después, hago que mis alumnos la lean en voz alta y al unísono.

**El diario de F. García o Estudio de un cuerpo deformable que, desde el equilibrio químico, se ve sometido a fuerzas externas hasta alcanzar un estado de entropía máxima**

MANUEL DONOSO RÍO

DOMINGO 10-09

Mañana por fin comenzará una nueva etapa en mi vida. Mañana abandonaré el nido y volaré hacia el aire nuevo, un aire que sabe a libertad. Diré más: mañana a la noche seré otra persona. La bienvenida es a las doce, así que saldremos de Málaga a las ocho, llegaremos a Córdoba a las diez, tiempo suficiente para deshacer la maleta e ir a la facultad en el tren de las once menos cuarto. Creo que me daría tiempo incluso a darme un paseo por la biblioteca. Qué ganas.

LUNES 11-09

Hoy he conocido a Alberto, es de segundo año pero me ha dicho que compartiremos muchas asignaturas este cuatri. He pasado toda la mañana con él. Me ha recomendado fervientemente que lea algo de Hesse, Nietzsche, Kierkegaard o Goethe. Dice que son unas lecturas muy

recomendadas para esta época de nuestra vida; lo cual no termino de entender del todo.

#### MARTES 12-09

Me pensaba que en la uni se tenían menos horas de clase y más independencia, porque he estado desde las ocho hasta las tres; exactamente igual que en el instituto. He sacado de la biblioteca *El lobo estepario*, uno de los libros que me recomendó ayer Alberto. Hablando de Alberto, hoy hemos comido en mi piso con mis dos compañeros, Carlos y Antonio, a quienes he conocido esta mañana. Estudian Veterinaria, son varios años mayores y han plantado marihuana en la terraza. Ya había probado su flor, pero nunca había visto una planta tan de cerca. Me han pasado un contacto que tiene siempre. Si esto no es libertad, ¿qué lo es?

#### MIÉRCOLES 13-09

Pues para tantas horas de clase que tenemos el nivel tampoco es muy alto, y tenemos libros en la bibliografía que pueden sustituir los apuntes de clase en algunas asignaturas. Creo que hay muchas horas suprimibles. Alberto piensa igual que yo, según él lo único que importa es aprobar el examen final, y que para llegar a este fin hay muchos caminos posibles que no llevan a través de decenas de horas sentado fingiendo escuchar al profesor.

#### JUEVES 14-09

Hoy en mitad de clase de Química, me he levantado y he salido por la puerta. Maravillosa sensación de independencia me ha invadido. No pienso volver a clases de Química. Me he vuelto a mitad de la jornada al piso. Esta noche saldremos algunos de la clase para empezar a conocernos.

#### VIERNES 15-09

Esta mañana me he levantado con resaca y no he tenido la voluntad de ir a clase. Me he quedado en el piso con Carlos fumando unos cigarrillos aliñados mientras charlamos de cómo podríamos cambiar el mundo. Ha sido un viernes de alboroz.

#### LUNES 18-09

Realmente me he enganchado al libro que me recomendó Alberto, ya he pasado el ecuador y la historia se está empezando a poner interesante. Hoy he aprovechado los seminarios y he leído unas decenas de páginas. Harry Haller es un personaje curioso, es el resultado de una mente demasiado agitada; incapaz de hallar la felicidad.

#### LUNES 25-09

Ya me he terminado *El Lobo Estepario*. No lo comprendo tanto como me gustaría pero ha llamado mi atención, así que, siguiendo las reco-

mendaciones de Alberto, he sacado *Fausto* de la biblioteca.

#### MARTES 26–09

¡Por fin ha llegado! Esta mañana han traído la guitarra eléctrica que me compré por mi cumpleaños. La verdad, nunca antes he tocado un instrumento pero con YouTube y las tecnologías seguro que no debe ser muy complicado. Así que hoy me he quedado con Alberto en mi piso estrenando la guitarra. Los acordes sí son complicados.

#### VIERNES 13–10

Anoche quedé con Alberto y consumimos cada uno una ración de hongos con psilocibina. Inmediatamente salimos a pasearnos por La Ribera y el casco antiguo de Córdoba. No sé si por ser la primera vez que veía dicha zona de noche o por la psilocibina, pero Málaga me pareció un vertedero en comparación.

Hoy me he levantado con la mayor resaca de mi vida. Parece que anoche me dejé la cabeza en el microondas.

#### LUNES 6–11

¡Vaya! Dichosa mi memoria Mis disculpas por la demora Así sigue la historia:

Anohecía en un día cualquiera  
Se despedía el Sol sobre mi cabeza  
Yo me dirigía hacia la puerta  
Sonaba Lynnyrd Skynnyrd<sup>1</sup> en mis orejas

¿Qué se siente cuando el tiempo se detiene?  
Se llama Irene, como Ceres se describe  
Se rige altiva, ella consciente de su linaje  
Yo corto me quedaría con una imagen

Irene, no ves las dos mitades  
A través te puedo yo ver  
Irene, vaya donde anidaste  
¡Perdona! ¿Te gusta el café?

Apetitoso parece el pastel  
Cubierto en exceso de crema  
Ocultando penoso destrozo  
Pero que de sabor escasea

Justo al contrario es ella  
Parece bonita por fuera  
Mas una palabra cualquiera  
Detendría toda tormenta

---

<sup>1</sup>Se lee como Lenerd Skenerd

## MARTES 19–12

Madre cómo avanza el tiempo cuando uno se divierte y no distingue el lunes del jueves. Resulta que los exámenes empiezan en dos semanas y yo he perdido más conocimiento en este cuatri del que he ganado. Aprovechando que paso la Navidad en casa voy a estudiar mucho e intentar sacar tres asignaturas en enero, las otras dos en febrero.

¡Deseadme suerte!

## JUEVES 25–01

Me cago en la puta, he suspendido las tres a las que me he presentado. Ahora tengo que prepararme cinco asignaturas en dos semanas. Ahora necesito más que suerte...

## VIERNES 9–02

Si hace un par de días alguien me hubiese pinchado con un alfiler, habría salido café por las venas. Prácticamente he pasado la semana entera en la biblioteca con Irene y Alberto. Al final me presenté a cuatro asignaturas; he abandonado Álgebra.

## SÁBADO 17–02

No me lo creo he suspendido las cuatro asignaturas. Alberto solo ha suspendido una de segundo e Irene, claro, ella ha pasado sin problemas.

LUNES 19-02

Papá me ha llamado esta mañana y le he contado mi estrepitoso fracaso. Se ha enfadado mucho conmigo. Yo también me he enfadado conmigo y he estado discutiendo solo. Lo que he visto por ahora en la carrera no se parece en nada a lo que tenía en mente cuando entré. No estoy seguro de querer estar cinco años rodeado de libros gordos de matemáticas para luego trabajar de algo que no me guste. No sé...

Bueno cuando vaya a ver a mis padres la semana que viene les expondré mis preocupaciones y ya vamos viendo.



# Berlín

MARÍA WIEDEN BERENGUER

Berlín siempre me había parecido una ciudad gris y con muchas grietas en todos los sentidos. Un lugar lleno de historia donde la mía no parecía que fuera a encajar o, mucho menos, interesarle a alguien. Especialmente, porque imagino que contada en alemán debe perder un poco. Por eso fue tan raro llegar y que brillara el sol.

Estaba en el lugar correcto porque Google me lo había reafirmado alrededor de quince veces y el nombre en mi pantalla coincidía con el de la parada: *Tiergarten*. Yo no era más que la figura de pelo oscuro detrás de la gigantesca maleta verde, muy verde, que llevaba “todo lo necesario para empezar mi propia vida”. Por supuesto, tuve que pagar el sobrepeso.

La experiencia Erasmus hasta el momento había consistido en una cantidad de papeles insufrible que otra insufrible cantidad de gente tenía que firmar para asegurarse de que todo esta-

ba en regla. Eso y meter “todo lo necesario para empezar mi propia vida” en una maleta cuyas medidas desconozco, pero, en cualquier caso, pequeña. Además s era necesario encontrar un lugar más o menos habitable al que llamar “casa”.

Este último elemento resulta ser uno de los principales problemas en las grandes ciudades europeas en general y en Berlín en particular. Es por ello que tras varios meses de correos electrónicos en todos los idiomas de los que dispongo, sin respuesta alguna, me encontraba ahora en la puerta de una residencia de estudiantes. Mi única opción. La firma del contrato, la entrega de llaves y del pack de sábanas y colcha fueron rápidas. Piso 6, habitación 13.

Ocho optimistas metros cuadrados con una ventana enorme me dieron la bienvenida. Lugar habitable, estaba en casa. O algo así. El edificio era conocido por ser el que albergaba a los estudiantes internacionales y su fama le precedía según la mayoría de la comunidad universitaria. Contaba con siete plantas. Cada una de ellas con 22 habitaciones, dos cocinas de salubridad dudosa, dos baños y tres salas para la ducha. También había una especie de habitación principal o distribuidor desde la que se accedía a los pasillos de los cuartos, las cocinas y a donde llegaba el ascensor, centro neurálgico de la residencia.

No fue difícil conocer a alguien. Todos estábamos llegando y solo hacía falta pasar algo más

de 30 segundos en la sala común para encontrar a alguien. Durante las dos primeras semanas nuestras actividades principales eran limpiar y entablar conversación con cualquier persona a la que uno se encontraba ya que todo el mundo era un amigo en potencia. Al poco tiempo, con ayuda de la inseguridad que produce ser nuevo en un lugar y las hormonas características de los 20 años, ya no estaba sola en Berlín. Tras solo una semana ya estaba en otro mundo.

Cada planta de la residencia tenía su propia idiosincrasia y el ascensor cumplía la función de mediador entre las distintas culturas. Los tres primeros niveles aún no habían sido reformados como el resto, por lo que tenían en común el color ocre de las paredes y la versión anterior de las basuras comunes. Nunca frecuenté demasiado ninguno de los tres primeros pisos porque me parecía una pena estar tan cerca del suelo en una ciudad semejante.

La cuarta planta parecía ser un punto intermedio. La gente iba y venía más que en el resto de pisos del edificio. En esta planta vivían muchos amigos y alguien de quien creo poder admitir ahora que me enamoré. Nada grave, nada serio, nadie necesitó ser hospitalizado.

La sexta, sin embargo, era terreno seguro. Siempre olía a comida y la banda sonora típica solían ser cucharas, platos y vasos que se chocaban o insultos en italiano. Nunca recibimos que-

jas, sin embargo. En parte porque la quinta era más bien un lugar tranquilo, nunca se escribieron historias al respecto, y era extrañamente silenciosa y en parte, porque la séptima planta era el lugar donde todos íbamos a morir los viernes.

Los viernes se moría y con un poco de suerte no te enterraban solo. Por eso los sábados perdieron el derecho de tener mañana. Los domingos eran excusas y paseos por la ciudad. Los lunes eran temidos y el resto de la semana iba variando en función del frío y las horas de luz que Berlín te regalase. Nunca fue una ciudad muy generosa, todo sea dicho.

La vida en la residencia era un universo propio. Al salir a la calle parecía necesario recordarse a uno mismo que el mundo real seguía allí y que no siempre había té en la despensa para compartir ni visitas nocturnas. Posiblemente eso fue lo más difícil a la vuelta. La sensación del tiempo que volaba entre las plantas.

Dicha vuelta no tardó en llegar. Supongo que me pilló por sorpresa porque el tiempo pasaba a una velocidad distinta en nuestra madriguera. Las semanas eran escasos segundos o interminables horas de frío, no había un punto medio. Sin duda, ese lugar fue hogar de extremismos de todo tipo, pero hasta las mejores revoluciones acaban.

Hoy vuelvo a estar tras esa maleta verde. Con la revolución en el cuerpo porque ya he entregado las llaves de la habitación y no quedaba nada que

podiera demostrar mi paso por la residencia. Las revoluciones también pueden ser silenciosas.

La universidad quedaba ya lejos y desde la ventana del S-Bahn parecía muy pequeña. Ahora mi avión sale en unos 30 minutos y llevo todo lo necesario para empezar mi propia vida aunque esta vez en una maleta de vuelta a casa.



UCOPress  
\*  
Editorial Universidad  
de Córdoba



UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA  
Vicerrectorado de Estudiantes y  
Programa de Movilidad  
Biblioteca Universitaria